El Obrero Ebanista

Órgano del Sindicato de Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

ADHERIDO A LA F. O. R. A., F. O. L. DE B. A. y F. DE T. EN M.

AÑO XIII — NÚM. 92 — BUENOS AIRES, MAYO 1º DE 1920 — REDACCION: BELGRANO 2545

Con motivo del 1.º de Mayo de 1920

Nuevamente el proletariado del mundo conmemora este año la histórica fecha del 1º de Mayo. Treinta y cuatro años hace que la conmemoramos con igual fervor y con mayores entusiasmos.

Treinta y cuatro años hace que el proletariado norteamericano, consciente de los derechos que le correspondían a la clase productora y por iniciativa de la Federación Obrera del Canadá, se dispuso a librar una titánica batalla contra su respectivo capitalismo. El objetivo inmediato fué la conquista de las ocho horas como jornada máxima de trabajo, para conquistarla se aprestó a la realización de una huelga general, fijándose en la declaratoria la fecha del 1º de Mayo de 1886.

Esta demostración, realizada para la conquista de una necesaria mejora en las condiciones de trabajo del proletariado norteamericano, produjo una odiosa reacción del naciente capitalismo yanqui, el que, afirmándose con todas sus ansias en la violencia, pretendió ahogar en sangre el propósito de elevación de los trabajadores. No de otra manera ha procedido el capitalismo del mundo cuando creyó verse amenazado en sus privilegios.

El 1º de Mayo de 1886, en momentos en que se celebraba en Chicago un concurrido mitin de huelguistas, estalló una bomba cerca del cordón formado por la policía, causando la muerte de uno de éstos. Inmediatamente inicióse la reacción gubernamental, excusada o justificada por el estallido de la bomba, y los mejores militantes de la organización obrera de Chicago fueron detenidos, sometiéndoseles a la justicia, quien hallábase manifiestamente dispuesta a condenar a esos obreros sin mayores pruebas ni trámites.

Quedarán perpetuamente grabadas en los anales históricos de las luchas que el proletariado librara contra los dominadores, las serenas palabras pronunciadas por aquellos detenidos (entre los que se contaban los camaradas Parson, Fisher, Debbs, etc. ante el tribunal que entendiera en el asunto. Puede afirmarse que así como los camaradas nombrados tuvieron por principal misión en su vida de combatientes el ocupar las tribunas obreras, exaltando desde ellas las más nobles cualidades de la clase trabajadora, frente al tribunal de la justicia burguesa que habría de disponer de sus vidas, entendieron cumplir una vez más con sus deberes de militantes y propagandistas, e hicieron de su sitial de acusados una nueva tribuna, desde la cual, frente a la reacción y como asomándose a los tiempos por venir, formularon, estoica y serenamente, el alegato de acusación contra la sociedad burguesa y capitalista; de acusados, se convirtieron en acusadores, y frente a la tragedia de sus vidas, que sospechaban serían segadas en flor, con un pie ya en la tumba y pretas sus bocas al silencio eterno, profirieron el más cálido de los apóstrofes contra los magnates del capitalismo, por cuyo sórdido egoísmo los trabajadores debieron usar de la huelga general para imponer nociones elementales de humanidad y de justicia.

Y fueron condenados a la horca. El 11 de noviembre de 1886 el lazo estrangulaba cinco vidas enérgicas dedicadas a la elevación de la clase obrera. De esto hace treinta y cuatro años. Seis años después se revisaba ese famoso proceso y la justicia los declaraba inocentes... una vez muertos.

Pues bien, como lo afirmaron aquellos camaradas, sacrificados inocentemente en aras de los privilegios capitalistas, otros hombres de la misma clase, otros seres uncidos al yugo del ensoberbecido capitalismo, han empuñado la enseña gloriosa de las reivindicaciones proletarias y con ella al frente han continuado la histórica labor que nuestra clase realiza frente a todos los obstáculos. Pero aquel trágico 1º de Mayo, ha quedado como la simbólica fecha histórica en que el espíritu del proletariado del mundo se expande, se identifica por encima de las fronteras en las idénticas aspiraciones de liberación y formula la más categórica y rotunda de las protestas contra el régimen capitalista que en la sociedad soportamos. A ello obedece que este 1º de Mayo nos encontremos reunidos con todos los entusiasmos de los cultores de la libertad.

Universalmente, la burguesía, convertida en capitalista, se bambolea próxima a caer al impulso de la acción emancipadora del trabajador sindicalmente organizado. Es que ella (la burguesía) ha cumplido como clase su misión directriz en la sociedad.

Recordemos, siquiera a grandes trazos, la parábola histórica descripta por esta clase en la sociedad.

Ella, como el proletariado en la actualidad, soportó también oprobiosos yugos como el del dispendioso feudalismo; los señores feudales, dueños por derecho de conquista de la mayor parte de tierra habitable, hacían trabajar sus campos por los burgueses, arrancándoles, al par, lo mejor de sus energías productivas en forma de contribuciones, diezmos, primicias, alquileres e infinidad de exacciones injustificadas y con las cuales se subvenía al al dispendio de las brillantes cortes de calzón corto, media de seda y peluca postiza. Así el burgués de aquel entonces, curvado sobre la tierra, era el instrumento de producción que cubría las necesidades del señor; entretanto en las cortes disolutas los conquistadores de la tierra cifraban todo el sentido de su vivir de satisfechos en la eclosión de un madrigal galante con el cual habrían de armonizar los oídos y la vida de la amada de sus pesamientos, muñeca casquivana de rizos postizos y lunares de terciopelo.

Pero en la vida todo tiene su límite y lo tuvo, asimismo la paciencia de la burguesía que, aprovechando la desidia y la corrupción de la sociedad feudal, preparó su revolución para sacudirse el yugo. Así fué que llegó el año 1793, en el cual la burguesía de Francia, por medio de la revolución ,arrojaba por la borda a los señores de calzón corto, inventando y aplicando la famosa guillotina, a cuyo pie las enormes pilas de cadáveres significaron al mundo que una clase había terminado su acción sobre la tierra, debiendo ceder el puesto a los más aptos, a la fuerza nueva de la sociedad que frente a la oprobiosa dominación del feudalismo, profiriera como un apotegma irrefutable: "¡La tierra para quien la trabaja!"..." La expoliación del feudalismo se hizo un sistema; sus campos fueron expropiados sin indemnización alguna, y los que no tuvieron energías para sentirse contrarrevolucionarios ajustaron su conducta al nuevo orden de cosas. Entre tanto atronaban el aire los gritos: "La tierra para quien la trabaja!..."

Conviene que hagamos notar que la tierra es la base real del bienestar de los humanos; nadie ignora que de su seno se extrae todo cuanto en la actualidad significa bienestar y comodidad; de ella sale el trigo, que más tarde será harina y pan; de ella el carbón, a cuyo calor se impulsarán sobre el planeta la infinita serie de transportes ideados por el hombre; en ella arraigan los árboles que significan maderas y las plantas que significarán más tarde géneros de algodón y ropas; en su seno se halla la cal, que, conjuntamente con el barro y con el hierro, que también en su seno se halla, habrán de utilizarse en las edificaciones modernas, donde los humanos encuentren reparo a las inclemencias de la naturaleza; en ella, finalmente, crecen los lujuriosos pastos en los cuales el ganado lanar saciará su hambre, para más tarde vivir y entregarnos sus lanas, el ganado vacuno sus carnes y el caballar los apreciables servicios que todos conocemos

La burguesía, al expoliar violentamente a los señores feudales y apropiarse la tierra, apropiábase toda la riqueza que ella representa y se convertía en dominadora del mundo. Por algo inmediatamente declaraba "inviolable y sagrada" a la propiedad privada; quería defenderse de posibles expoliaciones como la que ella en la revolución efectuara, e instituyó la justicia burguesa que hoy soportamos, cuya función principal es defender la propiedad privada, defendiendo así los intereses de la burguesía.

Pero ocurrió que a raíz de esa revolución, realizada, según los burgueses, para el establecimiento de la igualdad, libertad y fraternidad, la gran masa quedó completamente desposeída, en virtud de que, pagada de esas frases ampulosas y después de agotar sus más bravas energías en los actos revolucionarios que sembraron el terror entre los señores feudales, dejó hacer a los más osados, esperando tranquilamente el reinado prometido de la "igualdad, libertad y fraternidad". Las masas desposeídas, ante la violencia y la fuerza inexorable con que defendían los nuevos señores del mundo, debieron aceptar forzosamente esa situación; los proletarios debieron domeñar sus arranques ante la fría aplicación de los códigos burgueses. Para poder comer, para saciar las hambres de sus familias, para gustar algunas de las satisfacciones que se gustan en la vida de sociedad, debió el proletario alquilar su fuerza de trabajo al "burgués propietario", quien para alquilarlo le impuso las condiciones que mejor convinieron a sus intereses y a sus ansias de lucro: tantas horas de trabajo y tal salario. No hubo rechazo ni escapatoria posible; debía optar el proletario entre alquilarse por un "salario", que representaría para él la posibilidad de vivir, o rechazar indignado esas condiciones de trabajo, rehusar su concurso a la producción burguesa, lo que representaría para él un ambular perpetuo por las calles, los caminos y las ciudades, donde como única compensación ante el dispendioso espectáculo de la burguesía harta y feliz, sentiría él (desposeído y proletario) el harponazo de la necesidad y del hambre.

Y si toda su humanidad atropellada, su dignidad herida, sus esperanzas de redención defraudadas impulsáronlo en su desesperación a desconocer la propiedad privada y apropiarse de un pan y seis sardinas para satisfacer su hambre, habría llegado en este instante el día de su definitiva perdición: entraría a funcionar el organismo creado por la burguesía para su defensa y, toda una vida briosa, caballeresca y cultora de la igualdad, marcharía en derrota rumbo a las ergástulas y a los calabozos. Forzoso, pues, es alquilarse; contemplar la exacción diaria que el burgués propietario (dueño de un campo, una mina, taller o fábrica) realiza con lo mejor de las energías creadoras del productor, las cuales, entregadas a los mercaderes en forma de productos costosos, determinarán en poco tiempo el enriquecimiento del burgués, mientras al verdadero productor se le entrega lo indispensable para que no sucumba de necesidad.

La burguesía, que hizo un formidable lema de las palabras: "La tierra para quien la trabaja", al amparo de las cuales realizó la revolución más estruendosa, violenta y trascendental que se registra en la historia, ha defraudado las esperanzas de la humanidad, pues, al amparo de la fuerza despótica que ella creó, ha perpetuado el parasitismo y la holgazanería, asalariando al trabajador y sometiendo a la verdadera clase que labora la tierra y se afana en todos los lugares de producción; es en virtud de esta experiencia desoladora que han surgido a la vida de la acción los sindicatos obreros, que representan la fuerza de la clase productora, hoy asalariada, la que habrá de gestar a su tiempo una transformación social inspirada en los postulados altísimos del proletariado que dicen: "Los campos, las fábricas, los talleres y los medios de transporte, para quienes los trabajan."

Entre tanto, en fechas históricas como la del 1º de Mayo, que representa una etapa, dolorosa por cierto, de las que los trabajadores recorren en su lucha contra el capitalismo, la organización sindical de los trabajadores de este país ratifica sus propósitos de trabajar incansablemente por la emancipación de la clase, con lo cual habrá de conseguir, por aquéllo de que "quien no trabaja no come", la desaparición de la infecunda holgazanería y el reinado de la verdadera igualdad sobre la tierra, representada por el culto igualatario que todos rindan al trabajo creador, como puedan y entiendan hacerlo para bien de los humanos.

Aparte de este histórico significado de protesta y afirmación de propósitos que para nosotros tiene el 1º de Mayo, este año (el de 1920) la Federación Obrera Regional Argentina ha querido darle un carácter de "protesta por las nefandas leyes de "residencia" y "defensa social", solicitando la amnistía de los trabajadores que por ellas fueron condenados, y la afirmación de los derechos y libertades sindicales. Como el mayor de los oprobios, (culminación de la fobia con que el capitalismo pretende sofocar los deseos de reivindicación de los trabajadores) existen vigentes para el proletariado argentino las tristemente famosas leyes represivas y de excepción que el parlamento titulara "de residencia" y "de defensa social".

Ese baldón (pues no otra cosa significa el legislar especialmente y en forma represiva contra la acción de los trabajadores en procura de igualdad y libertad), síntoma del odio con que la clase capitalista contempla la elevación mental y material de la clase productora, debe merecer, en esta fecha histórica, para el proletariado, que milita en su organización sindical, el repudio y la protesta de los trabajadores de la Argentina, quienes tienen ya la sensación de haber cruzado el límite de las infantiles vacilaciones y se encaminan resueltos a elaborar su emancipación, que habrá de representar la verdadera igualdad sobre la tierra.

La "amnistía" de los presos condenados por aquellas leyes de clase, es una imperiosa necesidad alentada por las familias obreras cuyos miembros más útiles yacen en las ergástulas; la F. O. R. A., formada por el cariño, el fervor, el entusiasmo de miles de trabajadores de este país, se siente obligada y honrada en apoyar ese deseo de amnistía amplia, que habrá de devolver a la sociedad, a sus hogares y al trabajo, a todos aquellos compañeros nuestros sacrificados moralmente por la justicia en aras del capitalismo.

Trabajadores:

La suma de los anhelos en esta fecha histórica debe ser el luchar sin cobardes desmayos por el afianzamiento de los sindicatos obreros y de la F. O. R. A. que los resume, organismo este último que habrá de realizar inexorablemente en este país la transformación social que como acto de justicia todos anhelamos.

Esa tarea puede parecer anónima, pesada, fatigosa, lenta en resultados, plagada de dificultades y sacrificios, pero consideremos que toda nuestra vida, nuestros sueños de belleza y fraternidad, nuestras más nobles aspiraciones, corren el riezgo de ser sacrificadas sin piedad por el capitalismo al agotar incruentamente nuestra existencia en el taller, la fábrica y los campos, en exclusivo beneficio de la clase patronal...

¡Por la clase!... ¡Por la vida!... ¡Alegrémonos de ser útiles a la organización obrera que, sirviendo en sus filas laboramos el nuevo destino de la humanidad!...

B. SENRA PACHECO.

CARNET SINDICAL

COMUNICAMOS A LAS COMPAÑEROS QUE AUN NO HAN RETIRADO EL "CARNET SINDICAL", QUE DEBEN PASAR A RETIRARLO, PUES SI ASI NO LO HACEN CAUSARÁN INCONVENIENTES Y PERJUICIOS A LA ORGANIZACION COMO A ELLOS MISMOS, DADO QUE EL NUEVO SISTEMA DE EFECTUAR LA COBRANZA, POR MEDIO DE LAS ESTAMPILLAS, OBLIGA A LA PRESENTACION DEL CARNET.

QUEDAN, PUES, ADVERTIDOS LOS COMPAÑEROS, Y ESPERAMOS QUE PASEN A RETIRARLO POR ESTA SECRETARÍA A CUALQUIER HORA DEL DIA.

LA COMISION.

El cooperativismo

Aparentemente, el cooperativismo es un excelente medio para la emancipación de los trabajadores; aparentemente nada más, pues en el fondo es uno de los tantos eslabones de la cadena que sujeta a los trabajadores al inicuo régimen capitalista.

En la lucha de clases es menester no perder de vista este punto objetivo: la abolición del régimen del salario. ¿Tiende a esa abolición el cooperativismo? No. Entonces no es ese el medio conducente a la emancipación de los trabajadores.

Adoptando como una norma de lucha el cooperativismo, se introduciría una variación en el sistema capitalista y nada más. Probablemente el capital—en el supuesto éxito de la acción cooperativista—pasaría a beneficiar un mayor número de individuos; se descentralizaría, para bien decir, pero de ningún modo desaparecería como base de explotación, fin éste al que debe tender toda la acción del proletariado. A lo sumo se crearía un capital obrero frente a un capital burgués, con las inconveniencias de que éstos cooperativistas obreros en posesión de un capital, aunque colectivo, dejaían de hecho de ser obreros para pasar de inmediato a la categoría de capitalistas.

El resultado no sería despreciable si fuese posible su generalización. Pero ésto es ilusorio. Ya sabemos que la existencia de burgueses implica necesariamente la existencia de proletarios; que donde hay detentadores no pueden faltar los detentados.

La sociedad capitalista está montada de manera que la prosperidad económica de los unos acarrea la miseria de los otros. Luego, los cooperativistas triunfantes asentarían su victoria sobre la ruina económica de un número superior al de ellos. Procedimiento esencialmente burgués por su estructura, por su modalidad, por las características burguesas que debe asimilarse para triunfar en una sociedad burguesa, el cooperativismo puede responder a un fin de lucro en sus interesados pero es inservible para solucionar un problema económico como el que afecta a todo el proletariado sin excepción.

Hemos admitido la hipótesis del triunfo del cooperativismo yendo más allá de las posibilidades establecidas por un régimen de hierro cual es el capitalista, pero todo concurre a hacer dudar de la posibilidad de tal sistema.

No olvidemos que la base del cooperativismo es el capital, y que siendo adoptado por trabajadores significa la reunión de la capacidad económica de sus individuos para luchar contra la capacidad económica de la burguesía. Del simple enunciado de este hecho resulta lo quimérico de tal empresa. ¿Qué puede resultar de un ayuntamiento de trabajadores económicamente considerados? La multiplicación de la misera individual por el número de individuos que lo componen y nada más. Por ejemplo: mil trabajadores asociados importan mil nulidades en lo que se refiere al trabajo capitalizado. Pues estas mil nulidades propónense, no obstante, rivalizar y competir mediante sus propios recursos económicos, equivalentes a cero, con una clase social que todo lo posee. Don Quijote entra en escena; con sus manos tan escuálidas como limpias de todo valor material, emprenderá, alentado por la esperanza del éxito final, una lucha de competencia económica contra la burguesía que es dueña del suelo, del subsuelo, de las industrias y los transportes, de todo cuanto supone un valor material.

Bien sabemos que la capacidad económica del productor se valorizaría en este caso por el trabajo a realizar; tampoco ignoramos que esa misma capacidad no exime al trabajador del hambre cuando el capital se niega a explotar sus esfuerzos. Como no hay base de explotación sin capital, ocurriría que nuestros cooperativistas veríanse incapacitados para explotar sus propias energías.

Parcialmente sí, es posible el cooperativismo. En un dado ramo de industria no es difícil establecer, en pequeño, un intento de sistema de cooperación entre trabajadores, y algo de ésto se conoce en Europa, especialmente en Bélgica. Y precisamente de esa parcialidad emerge la inutilidad de la cooperativa para resolver problemas que afectan a todos los trabajadores por igual. ¿Qué hacemos con que unos cuantos se hagan coopropietarios de un taller, con los consiguientes beneficios, si la inmensa mayoría de los trabajadores de esa industria siguen bajo la férula de la explotación capitalista? Además, ya sabemos cuales fueron los resultados de ese sistema. Por lo que respecta a Bélgica, más de una huelga se ha registrado en esos establecimientos; hecho que permite suponer que lo que tuvo en principio buenos propósitos, acabó por confundirse con el sistema capitalista, donde la explotación del hombre por el hombre es la base indispensable para el triunfo. Y así tenía que ser; la competencia industrial impone condiciones a las cuales no es posible substraerse sin comprometer el capital.

Es una ley económica que lo mismo rige para la empresa particular que para la social. Como es natural, a esta ley no pudieron zafarse las cooperativas belgas, con el consiguiente perjuicio para los trabajadores que en ellas fueron tan explotados como en cualquier otro establecimiento de origen burgués.

El cooperativismo es un medio burgués con alcances a una finalidad burguesa. Nótese que todos los burgueses, sin distinción de filiación política, lo prestigian. ¿Seremos tan cándidos para suponer en la burguesía tal torpeza que la lleve a recomendar a los trabajadores recursos de cuya adopción saliese perjudicada? Afortunadamente, la experiencia de que disponemos los trabajadores nos aconseja el rechazo de todo aquello que trae el visto bueno de la burguesía.

No es función social propia de nosotros los trabajadores el incubar en nuestro seno modalidades y procedimientos que han de esfumarse por la fuerza de absorción del capitalismo. No queremos cooperativas porque no aspiramos a la elevación económica de una minoría por encima de las mayorías. En nuestra lucha económica perseguimos la igualdad de condiciones en los productores fuera del régimen del salario en el que se amparan las cooperativas que nos recomiendan los economistas burgueses. Lucha obrera que busca en su propia función, en el trabajo, las armas que han de darle el triunfo, no puede avenirse a un medio de consolidación del capitalismo cual es el de la acción cooperativista. En la lucha contra el capitalismo no se propende a crear un capital obrero que al servicio de una industria quiera competir con el capital de la burguesía, infinitamente superior; como en la guerra al alcoholismo tampoco se propende a nuestra alcoholización para concluir con el líquido que destruye el organismo de sus habituales consumidores, sino que se aspira a destruir el mal en sus causas originarias sin necesidad de compartirlo.

J. S.

CONSTATACIONES

Oimos o leemos de vez en cuando, así en la tribuna como en la cátedra, en el parlamento como en la prensa, a felices mortales que viven lejos del mundo de la cruda y áspera realidad, repetir, con un entusiasmo verdaderamente encantador, que en este país, que llaman venturoso y libre, no existe — y si existe no tiene razón de existir — lo que se ha dado en llamar la cuestión social. No tiene razón de exitir, agregan, porque aquí todas las actividades útiles encuentran un ancho campo para su desarrollo; porque aquí se acogen todas las iniciativas de progreso. Si existe, sólo es debido a las importaciones de cosas exóticas que nos vienen de los viejos países europeos.

¿Pero es que la Argentina ha dado algo nuevo al mundo que la diferencie de los demás países? ¿Acaso su régimen de producción, sus instituciones económicas y políticas, la vida de relación de sus habitantes, son distintos de los que rigen en otros países ¿No son, por otra parte, estas condiciones una prolongación — muchas veces desfigurada — de los regímenes e instituciones vigentes en otras naciones?

¡Todo lo que en este país es la expresión de la actividad humana, no es sino el resultado de la importación, de la asimilación de lo que en otros países existe!

Y siendo así, ¿puede alguno alarmarse o simular alarma porque en la Argentina, país donde hemos nacido y vivimos, se produzcan los mismos hechos, o influyan sobre nuestras determinaciones y actitudes los que se producen en aquellos países a cuyo progreso y desarrollo debemos cuanto poseemos?

Hay que convenir en que el capitalismo ha sido la organización económica más poderosa que ha dominado al mundo. Su excepcional capacidad y poder le han dado la virtud de imponerse por doquier. El capitalismo supo arrasar límites fronterizos, cruzar inmensos mares desconocidos, descubrir nuevas tierras, conquistar mercados y someter, en todas partes, a imperios, monarquías y repúblicas.

Siendo el capitalismo, pues, el más poderoso y audaz de los conquistadores que jamás dominara en la historia, se comprende que no podía pasarle desapercibido este pedazo de tierra que nosotros habitamos. La Argentina, país recién surgido a la vida, no sólo no habría de substraerse a la avasalladora influencia de aquél, sino que habría de tratar de colocarse — como lo ha intentado — en la misma situación donde su predominio era absoluto.

Se insiste, por ejemplo, en decir que aquí no tienen razón de ser las explosiones obreras, las cuales, desde hace más de un siglo, se suceden en Europa. Pero los que tal cosa dicen olvidan que en la república Argentina existe un capitalismo — con representantes genuinos en el país o en el extranjero — cuya condición de existencia es el trabajo asalariado; que ese capitalismo, conforme a su tendencia natural a vivir del usufructo del trabajo ajeno, ha trasplantado a nuestro medio los mismos métodos de explotación industrial y los mismos sistemas de dominación que han hecho posibles y necesarias las rebeliones en masa de los productores, y, consiguientemente, la unión de sus fuerzas dispersas.

Desconocer estas cosas, es ignorar y negar el progreso mismo de la industria, progreso que lleva en sí mismo los gérmenes de las

nuevas fuerzas sociales que concluirán por revolucionar al mundo, dándole un aspecto nuevo y creando un modo de convivencia humana completamente distinto, toda vez que tiende a ser más libre.

La organización sindical de los productores —consecuencia lógica y natural del progreso industrial—, no puede combatirse sin antes combatir las causas que la originan.

La burguesía, heredera directa de los siervos de la Edad Media, y que, por lo mismo, ha desempeñado en la historia un papel revolucionario al destruir "las relaciones feudales, patriarcales y pastorales", rompiendo "uno a uno todos los eslabones de la cadena feudal que ligaba a los hombres a sus superiores naturales" (Marx), no puede pretender, sin caer en el ridículo, que las formas sociales por ella creadas sean intangibles.

El agente principal de las nuevas condiciones de producción es el proletariado. Este, después de haber sido expoliado abierta y descaradamente — como dice muy bien Marx — a través de ilusiones políticas y religiosas, se une en sus asociaciones para tutelar su mercancía y asegurar su existencia. Como es natural, las luchas que entabla tienen distintos resultados.

Pero lo fundamental es que el verdadero resultado de estas luchas no es el éxito inmediato, sino la creciente organización de los trabajadores. La burguesía — defendiendo la inmutabilidad de su régimen — hará todos los esfuerzos imaginables para ahogar el desarrollo de esa gran fuerza histórica, fuerza que en los actuales momentos está jugando un papel tan importante en el mundo. Pero todo será inútil..

Marx — con su genial espíritu de observador profundo — decía ya en 1848 que la organización de los trabajadores se veía favorecida por los crecientes medios de comunicación que crea la gran industria. Debido a ellos, los obreros de cada localidad establecen entre sí vínculos solidarios, y las luchas locales que emprenden se centralizan en una lucha nacional, esto es, "en una lucha de clases".

Con los ferrocarriles — que el capitalismo ha creado y utilizado para su portentoso desarrollo — los trabajadores han desarrollado en pocos años la organización que los burgueses de la Edad Media necesitaron siglos para establecer.

No pueden lamentarse, pues, los burgueses de la Argentina de la existencia de este conflicto social. Cuando este país vivía aún en la barbarie y los medios de producción y de transporte moderno eran desconocidos, no se producían conflictos entre el Capital y el Trabajo. El estado bárbaro, primitivo, de la Nación, no eran propicios ni adecuados para esas manifestaciones de lucha.

Las guerras civiles, los conflictos entre el campo y la ciudad, las montoneras, etc., aun cuando eran determinadas por causas profundamente económicas, eran la expresión del estado social de aquella época.

Los conflictos entre el Capital y el Trabajo estallan entre nosotros simultáneamente con el nacimiento de la industria. Los viejos países de Europa vuelcan en nuestras playas los sistemas de producción que en ellos se habían desarrollado, y, como es lógico, traen consigo los gérmenes de su propia disolución.

Es importante remarcar, sin embargo, que jamás las luchas obreras tuvieron el carácter trágico que revistieron las luchas civiles en que se desangró el país durante muchas décadas. ¿Por qué se aterrorizan, pues, de la extensión que van adquiriendo las luchas reivindicadoras del proletariado?

Si la invasión de nuestro país por los capitalistas extranjeros significó un progreso para él, es lógico pensar que la más alta expresión de ese progreso reside en la intensificación de las luchas obreras, que ha crecido paralelamente con la industrialización del país.

No son admisibles, pues, las quejas ante las cada vez más extendidas y fuertes luchas que plantea y sostiene en la Argentina la clase obrera.

El movimiento obrero, que levanta a la clase productora de la abyección y la miseria resultantes de la voracidad insaciable del capitalismo; que opone un freno a la codicia ilimitada del mismo; que exalta la personalidad de la clase obrera; que la educa y la superioriza, haciéndola apta y capaz para la instauración de un mundo nuevo, de una forma de convivencia social más humana, es el más grande y poderoso de los factores del progreso de nuestra era.

Es por esto que nos resulta ridículo oir o leer condenaciones a propósito de las huelgas. Los que las actúan, heroicos y nobles, saben desafiar las furias de la burguesía y arrostran la cárcel, porque no ignoran, aunque sea instintivamente, que cumplen una obra de progreso humano. Aquellos que caen en excesos de lenguaje harían bien de ponerse en contacto con la realidad y esforzarse por comprenderla, para no seguir incurriendo en tontas cuando no perversas condenaciones del movimiento obrero.

Es bueno que sepan los que de tal modo hablan o proceden que el movimiento obrero, lo quieran o no los capitalistas; lo condenen o no los legisladores; lo dificulten o no las fuerzas encargadas de conservar intacto el edificio, ya agrietado y a punto de caer, de la sociedad actual, que él seguirá su curso hacia la completa culminación de sus propósitos históricos.

La burguesía, que lo ha engendrado con su enorme poder industrial, deberá resignarse a ser reemplazada. Esto será un hecho y constituye una verdad que ha dejado de ser un enunciado teórico.

El mundo se le escapa, pierde su dirección a medida que avanza en su proceso constructivo la nueva fuerza social: el proletariado organizado. Y se le escapa la dirección del mundo, porque, aun cuando de una manera involuntaria, ella ha determinado, con su progreso industrial "que el aislamiento de los proletarios, producto de la competencia, esté reemplazado por la unión revolucionaria, producto de la asociación". (Marx y Engels).

Mal que les pese, pues, a cuantos conservadores creen que la vida es inmutable, o a cuantos piensan que los fenómenos de renovación que tienen lugar en el mundo no pueden afectarnos, la verdad es que nunca como en los momentos actuales ha aparecido tan evidente la instabilidad del régimen social vigente, y en ningún momento como en el que vivimos los movimientos de transformación han tenido la honda y rápida repercusión que tienen los que se desarrollan a esta hora excepcional de la historia humana.

Vivimos, en una palabra, un período de enorme significación histórica. Las fuerzas que actúan en el gran drama que se desenvuelve en el escenario social, han llevado a su faz más aguda el conflicto de las clases. Y ha de ser por eso quizás que la clase que hizo creer hasta ayer que a ella sólo le estaba reservada la dirección del mundo, resista con una inconsciencia rayana en la estupidez los embates de la fuerza social nueva, que dará a la humanidad y al mundo una nueva civilización y una nueva dirección: la del Trabajo libertado.

S. MAROTTA.

CONCEPTOS DEFINIDOS

Para criticar un procedimiento y crear una moralidad, se debe empezar por ser sincero. Es muy cómodo repetir la moral del fraile: decir pero no hacer. En el campo obrero no se necesitan fabricantes de moralidad, sino compañeros de buena voluntad y que no tengan el alma envenenada, para poder así trabajar con toda libertad de criterio, comprendiendo que todos los compañeros no podrían pensar como él ideológicamente, pero sí prácticamente.

Así es como se hace obra gremial, elevando y fortaleciendo la organización, y si ella tiene errores, aportar su grano de arena para enmendarlos. No queremos organizados que desde la calle, y después de cada reunión obrera, se sientan mártires y descubridores de posibles desmanes que trama la misma organización para vender al proletariado consciente... Se enjuagan la boca hablando de saneamiento y son los primeros en rechazar una misión que le indica la misma organización. Son envidiosos y criticones sistemáticos porque no pertenece la mayoría a su manera absoluta de pensar; no tienen tampoco empacho en echar sombras sobre los compañeros conscientes y laboriosos, y para esta empresa cuentan como adeptos a ignorantes e ingénuos que han de llamarlo ídolo y votarle todas sus proposiciones sin meditación. Estos hombres hacen más daño a los obreros que el mismo capitalismo.

Los que se erigen en apóstoles para dirigir a la masa obrera por el "caminito de la luz"; los que nos dan los planos al detalle de la nueva sociedad; los sapientes plumíferos de las narraciones celestiales y la gente vanidosa e irresponsable, esos no los necesita la organización, sino a aquellos compañeros modestos y trabajadores que se encariñan por la organización, que comprendan el procedimiento moderno para luchar, que sepan sacar de la lucha diaria la mejor enseñanza, y no encajarse en un programa que tiene por norte el mañana, que comprendan que el problema a resolver es el de hoy, y al momento; que la vista obrera debe estar fija al capital para desbaratar sus planes y sacarle poco a poco el mayor beneficio con el menor esfuerzo. Así es como se afianzan las conquistas robusteciendo a la organización. Y no mirar a la luna cuando el problema está en la tierra...

La experiencia, madre de todos los procedimientos, es la guía que ha de afirmar las conciencias, reposar el pensamiento y mirar las cosas en su propio valor. Esta es la nueva escuela de la organización. El sentimentalismo debe desaparecer en los problemas de transformación. Las cuestiones deben resolverse con la cabeza y no con el corazón. Esta es la diferencia fundamental de los hombres en sus distintas maneras de apreciar los valores.

Tenemos un Sindicato de la época donde se exige a sus agremiados: sinceridad, disciplina y responsabilidad. La disciplina que tanto pavor causa a los "inmutables" de la libérrima doctrina, creen que se les van a meter en un cuartel bajo la férrea disciplina de un mandón. No; la disciplina es la sana medida de hoy para hacer cumplir el dictado que la organización obrera confía a sus compañeros. Con la disciplina se crea la conciencia, porque de tanto practicada, acaba por comprender el alto valor que tiene la organización de los trabajadores.

¡Es muy cómodo hablar de libre acción, pero hay que saber quién nos rodea y cómo se podrían cumplir nuestras propias resoluciones!

En cuanto a la responsabilidad, es bueno dejar consignado que no nos referimos a la responsabilidad que nos impone el presente régimen, sino a aquellas acciones que son nuestra norma. Es una noción elemental que es bueno repetirla.

Esta es la organización obrera de hoy, por lo demás pueden sus enemigos escupir contra el viento...

Jenaro SCARANO.

LA LIBERTAD BIEN ENTENDIDA

La idea de libertad que alimenta el proletariado moderno difiere mucho de la concepción que sobre la misma tuvieron las generaciones pasadas. Esto proviene de la complejidad cada vez mayor que adquiere la producción moderna, al asociar más amplia e inteligentemente los esfuerzos individuales.

La mentalidad, de un orden práctico, que poseen los trabajadores, resultado espiritual de la contemplación inteligente y crítica del proceso de la economía moderna, no puede ya concebir la libertad individual sino como subordinada enteramente a las necesidades sociales; mejor dicho, a las operaciones de la producción.

He aquí por que a medida que las ideas revolucionarias avanzan éstas se modelan más estrictamente sobre una aspiración de progreso, perfeccionamiento e ininterrupción social. La sola hipótesis de destruir o malograr la más minúscula porción de fuerza productiva de la economía burguesa, reviste a los ojos de los obreros conscientes las características de una verdadera iniquidad.

Los conceptos groseros de destrucción que por tanto tiempo han pervertido la mentalidad deficiente de un gran número de trabajadores, no son tolerables sino en cuanto ellos suponen, más que una intención destructiva, un propósito de amplia reconstrucción. Demoler, para reedificar. Substituir la maquinaria anticuada, con la última expresión de la mecánica, a fin de obtener una producción más abundante y perfeccionada, he ahí los propósitos reales del movimiento sindical contemporáneo.

La idea de libertad va, pues, unida a la idea de progreso industrial, de tal manera que es absolutamente imposible separar la una de la otra. He ahí la causa por qué las concepciones individualista y comunista reclutan sus prosélitos, una, por lo general, en el mundo de los campesinos e ignorantes que viven lejos de la fábrica moderna; la otra, en la muchedumbre de los obreros industriales.

Ya se ha dicho en numerosas ocasiones en qué consiste la solución del problema social para los trabajadores organizados. Ella es simple, a tal punto de no poder serlo más. Se trata de eliminar la personalidad, cada vez más parasitaria y decorativa, del capitalista, de modo que la producción no experimente detrimento alguno. Es decir, en pocas palabras, el problema social estaría resuelto sólo con hacer definitivo y completo el ausentismo burgués en el campo de la economía.

El obrero revolucionario debe interrogarse constantemente, a fin de acrecentar su rebeldía, si él está capacitado para ocupar su puesto en la fábrica, en el sistema de transporte o en cualquier campo de la actividad social útil, sin necesidad de ser dirigido, vigilado o contraloreado por otro ser humano. Si él tiene — o se propone tener — la aptitud técnica para intervenir en el proceso de la producción como un elemento constante o acelerador, que en momento alguno pueda ser una traba para que ese proceso se cumpla normalmente.

Hay, pues, en la concepción de libertad que inspira al movimiento obrero moderno elementos de alta moralidad e inteligencia. Un móvil superior anima al proletariado, en cuanto a ser, en el desarrollo histórico de la humanidad, un factor de mejoramiento y bienestar, no una rémora. Gran parte de su ansiedad actual, consiste precisamente en el compenetramiento de su responsabilidad histórica, y quisiera hallarse persuadido enteramente de que a la toma de posesión del dominio económico, la producción social no sufrirá un retroceso o una merma, no obstante poseer la intuición de que cualesquiera fueran las alternativas de esa transformación profunda a operarse — aun en el preciso momento en que escribimos —, la humanidad no podría sino salir gananciosa.

Colocarse dentro del mundo de la producción en condiciones de libertad absoluta, arbitraria, desleal, será siempre una utopía, cuando no un propósito delincuente y perjudicial a las necesidades y bienestar social. Librarse, librando al conjunto de los productores; haciendo que cada día sea más completa, profunda e inteligente la armonía en el mundo del trabajo, esa debe ser — y es — la aspiración del proletariado revolucionario moderno. Ajustar, en su grado máximo, los anhelos de independencia personal a las conveniencias generales; disminuir a su más mínima expresión la disciplina efectiva y necesaria de la producción moderna, con el fin de que cada sér halle en ella un concepto de utilidad real, tal es el deseo que debe nutrir un cerebro inteligente y un corazón de trabajador revolucionario.

El progreso moderno de la economía; la cada día más perfecta colaboración de los productores; la distribución cada vez más infinita y especializada de las operaciones productivas, revelan al revolucionario sensato la necesidad de concebir la libertad con un criterio de solidaridad humana tan amplio y todopoderoso, que las utopías individualistas y anarquistas resultan enteramente pueriles.

A medida que el tiempo transcurre y nos vamos acercando a formas sociales superiores, las concepciones del pasado, que eran el fruto de las impresiones que sobre la inteligencia obrera producían una etapa rudimentaria de la economía burguesa, se van gradualmente debilitando, esfumándose.

Un ideal superior de libertad, de justicia y de bienestar humanos, no puede ser materializado sino por un régimen de productores, capacitados técnica y moralmente, y nutriendo un sentimiento de solidaridad y de deber capaz, no de imponer su egoísmo individual en detrimento de la comunidad, sino de sacrificarlo deliberadamente en homenaje a un anhelo de humanidad práctico como nunca fuera concebido por el hombre en el pasado.

L. B.

EL 1.° DE MAYO DE 1920

El pendón rojo que el proletariado conscientemente organizado ostenta por las calles del mundo, nunca fué anuncio de tantas preocupaciones ni de temores como en la fecha.

Durante más de un cuarto de siglo, salvo raras excepciones, vino celebrándose sin estorbar los sueños ambiciosos, causantes de la horrenda tragedia, ni mayormente molestar la pantagruélica digestión del capitalismo truculento.

Banderas, manifestaciones, cantos rebeldes han atravesado la pantalla de los años sin, aparentemente, conmover el orden burgués.

Pero con la guerra que aun continua desangrando, el régimen de los intereses creados ha sufrido un sacudimiento tal, que dificilmente le volverá el prestigio y la calma.

La hecatombe espantosa; la incalculable destrucción; el inmenso trastorno de la economía universal de por sí solas han planteado una tarea sobrehumana para varias generaciones enteras.

Sumando veinte millones, entre muertos y mutilados, las víctimas de la "científica" matanza, siendo en su mayoría obreros, el claro abierto en el régimen de explotación capitalista hace fracasar toda iniciativa tendiente a normalizar la producción de utilidad social. Esto sin contar con la extenuación física y orgánica producida en el resto de proletariado, tanto por la mala como por la escasa alimentación.

Cuánto habrá disminuído la natalidad? ¿Cuántos habrán sucumbido a las duras privaciones? Pensemos, viendo el desastre de vencidos, vencedores y neutrales, ¿ aqué clase de desenlace llevará la desocupación y el descontento? No basta: el soldado obrero vuelve al hogar y se encuentra con un enemigo más despiadado aún que el que tuvo que combatir en los campos de batalla; ese enemigo es nacional y se llama: "especulación".

De trabajo. Es inútil hablar. Naturalmente, la infame camorra y la carestía provocan protestas que hasta las verbalmente expuestas, son para la burguesía delincuente, indicios de tendencia boshevista: apelativo de moda.

Y ahora, con las interrogaciones expuestas, con las dificultades cada día mayores, sin esperanza en perspectiva que pueda significar como un principio de normalización del trabajo fecundo, ¿quién no sería capaz de profetizar sobre una próxima revolución social?

Demasiado descontento ha depositado en la conciencia de los oprimidos el inicuo sistema capitalista.. Muchos tronos hemos visto arrasados, muchos privilegios arrollados por la tempestad desencadenada sobre el mundo por políticos sin escrúpulos, al servicio de la clase brigantesca.

Las falsas razones dadas a los pueblos como justificación de la conflagración mundial, y al mismo tiempo para inducirlos a inmolarse en aras de las ambiciones capitalistas, son hoy del dominio público. Eso ha llevado el desasosiego en todos los ámbitos de la burguesía. Son conocidas las previsiones tomadas por los gobiernos para precaverse de algún golpe audaz e inesperado, que podrían intentar los trabajadores engañados.

Y sin embargo, como si la irritación no bastara, siguen los gobiernos propalando toda clase de noticias alarmantes en la esperanza de distraer a los famélicos obreros.

El genio del mal aun no ha agotado todos los recursos de su pérfida política. Las concomitancias de la guerra, tan abrumadoras, en lugar de hacer reflexionar sobre el peligro que entrañan para las instituciones burguesas, se diría que sirven a manera de aciecate para desafío de la paciencia obrera.

La nación que más ha hablado de libertad durante la tormenta sangrienta: Inglaterra, estimula por todos los medios a su alcance el antibolchevismo; quiere decir: sopla al desgarramiento fomentando la guerra civil entre los rusos. ¿Hay acaso un delito más bárbaro y perverso? Ni para en esto, pues castiga y aterroriza en Irlanda, masacra en Egipto, en la India: ex abrupto se enseñorea de Constantinopla sin levantar siquiera un murmullo de indignación. "¡Rule Brittanie!"

Francia, no satisfecha con la discutible "revanche"; no contenta de verse salva, continúa blandiendo su eterna pesadilla alemana: "¡Vae victis!". Y mientras contribuye, favoreciendo la reacción antibolshevista; mientras obstaculiza la nueva organización social surgida en Rusia; favorece en cambio a los extremistas alemanes de la cuenca del Ruhr, para hacer de ellos lo mismo que en 1871 hizo con los comunistas de París, si llegaran a posesionarse de los yacimientos carboníferos.

Italia, figura subalterna en ese maremagnum del desconcierto, hace lo que puede en la paña de intereses, agitando de su lado la cuestión de Fiume y contrincando con los yugoeslavos.

A los demás países capitalistas quédale el espectro bolchevista.

Sería curioso conocer, en las alternativas actuales, cuantos al acostarse por la noche no se preguntarán sobre la clase de sorpresas que el mañana les deparará cada día. Esto no impide a la prensa burguesa extenderse en largas tiradas sobre "restablecimiento de la paz. ¡Qué sarcasmo!

Si bien es desconsolador constatar que aparte del proletariado ruso nadie más ha demostrado capacidad para liquidar de una vez por todas ese régimen capitalista, violento opresor y sanguinario.

Entre paréntesis, cabe decir, que la revolución rusa ha derrumbado otro postulado científico. De hecho, el pueblo clasificado entre los menos cultos del mundo, no sólo acomete la revolución más audaz y trascendental de nuestro tiempo, sino que ha sabido defenderla, derrotando, uno tras otro, a todos los ejércitos mercenarios de la reacción.

"Los primeros serán los últimos". Así es, verdaderamente.

De seguro los dirigentes maximalistas no se echarán a dormir sobre los laureles, desde que sus enemigos, y son muchos, continúan el acecho. Habiendo dado sobradas pruebas de su perspicacia, hará vigilar cautelosamente las maniobras solapadas del capitalismo confabulado.

Nos parece que la rapidez de los ingleses en ocupar Constantinopla, Valdivostok por los japoneses, lo mismo que el avance francés en territorio alemán, hechos llevados a cabo casi simultáneamente, han de entrañar algún plan descabellado. Por ejemplo: asestar algún golpe mortal a las rebeldías obreras para luego emprender el estrangulamiento de la Rusia libre y socialista de verdad.

¿De qué no serían capaces los tenebrosos que responden al nombre de Lloyd George, de un Millerand, etc.? Hombres de tal talla, inmorales y pérfidamente perversos, no se detienen ante ninguna monstruosidad. Ellos, que tantas han llevado a cabo en cinco años de odios furibundos.

Volviendo a la pasividad obrera apuntada más arriba, hemos de hacer justicia con sólo mencionar las dificultades interpuestas por la burguesía y que para vencerlas es necesario ante todo apretar bien las filas y consolidar los cuadros de nuestros batallones obreros. La experiencia nos ha enseñado duramente cuan falaz resulta fiarlo todo en la audacia solamente. Considerando los elementos de defensa que nos opondrá la burguesía el día de las hostilidades, bastan para hacernos comprender lo trágico que se presenta el desenlace de la revolución social.

Sólo los irresponsables podrán imaginar salir con bien en una intentona vulgar.

¿Qué decir del disentimiento ideológico, doctrinario o tácito, tan impropio de la era histórica que atravesamos? Una vez más repetimos, el provecho que la burguesía saca con nuestras diatribas violentísimas, es nuestros enconos divisionistas.

Quienes no se avienen a reconocer el daño que producen con su propaganda de oponer convicción a convicción, método a método, organización obrera a organización obrera, por sinceros que sean, la historia los juzgará: traidores de la emancipación obrera.

Después; después de haber plantado nuestro flamante símbolo redentor sobre las ruinas del tiránico régimen capitalista, tendremos ancho campo para discutir y determinar las formas y derroteros de la humanidad libertada.

Alto los corazones y la mirada fija en esa lucha sin cuartel, emprendida por las huestes trabajadoras bien organizadas. Dejemos de dar crédito a las mentiras del cable y de la prensa capitalista, conjurada en el silencio y en la divulgación de absurdas patrañas.

Del fárrago de todas las falsedades que la prensa cobarde manipula para desacreditar las grandiosas agitaciones proletarias, con la especiosa intención de llevar la confusión a los cerebros obreros, podemos altamente afirmar que, si bien la calumnia tiene pies veloces, la verdad, lenta pero segura, llega a su tiempo también.

La mentalidad obrera ha hecho un gran progreso, llegando hasta poner en limpio las entrelíneas de los colosos impresos.

El 1° de Mayo, que hoy festejan los trabajadores del mundo, tiene una trascendencia que nunca tuvo, trascendencia que la misma burguesía se ha encargado de darle asiento con su miedo anticipado.

Lejos de nosotros la suposición de un estallido revolucionario simultáneo. Que la burguesía lo crea así y se apresure a prevenirse, son cosas suyas, pero que no responden a la lógica elemental de los procesos revolucionarios en el tiempo y en el espacio. Aunque pasara sin incidentes de nota, bastaría con volver nuestra mirada en ese día fatídico allá, hacia Rusia, donde la efeméride ya no es innocua manifestación de ideales utopistas.

Allí los obreros de la nueva civilización, en su tercera primavera redentora, en la alegría de la libertad augurando días mejores para los oprimidos diseminados todavía por el mundo, harán votos por la humanidad sin distinción de religión o lenguas a que, en fecha no lejana, pueda protejerse universalmente la solidaridad de los pueblos.

"¡Viva la Rusia del Soviet!"

RADEMAL.

El Contralor Obrero

" Los revolucionarios desconfían, por instinto, de las adhesiones de un gran número de gente extraña al movimiento sindical que no han sido solicitadas; ese consentimiento y esa unanimidad no pueden ocultar más que confusión, equívico y engaños.

Cuando, como en la actualidad, se habla de "consejos" y de "contralor" obreros, se ve que, efectivamente, hay equívocos, confusiones y engaños. Se dirá que esas dos cuestiones — consejos y contralor obreros — van a formar parte de las reformas sociales que la mayoría de la gente reclama y que ya acepta sin mayor discusión. Y es, precisamente, necesario, ahora más que nunca, separarse y distinguirse claramente de todos aquellos con quienes no se puede, ni se debe estar de acuerdo.

¿No se ha hablado en los diversos parlamentos nacionales, y aun desde el gobierno, de conceder a los obreros el derecho de participación en las empresas industriales — tanto en lo referente a administración y dirección como en la repartición de los beneficios? ¿No se ha hecho alusión, abiertamente, a nuevas formas de representación profesional? ¿Tendremos, entonces, los consejos de obreros reconocidos por el Estado y el contralor ejercido con el consentimiento y al amparo de la autoridad del Estado? Y lo que es peor aún, ¿no habrá, en nuestras mismas filas, gente que mirará todo eso con simpatía y que llegará a aconsejar al proletariado que confíe en esas reformas?

Es indispensable poner de manifiesto lo que distingue y diferencia a los revolucionarios sinceros y efectivos de los defensores y propagadores de esas formas equívocas de colaboración.

La constitución de los consejos no tiene valor sino cuando se la concibe como el comienzo consciente de un proceso revolucionario; y el ejercicio del contralor no tiene significación sino cuando es un acto, un momento de ese proceso.

Actualmente, todos los hombres, sino quieren morir de hambre y de frío, están obligados a adaptarse al funcionamiento de la sociedad actual, adherirse a la constitución burguesa, colocarse en la jerarquía capitalista. Pero, las masas obreras se sienten, cada vez más, lejos de esa forma de asociación, porque ella ya no da garantías suficientes, seguridad de vida, ni utilidad.

El Estado, órgano supremo de la jerarquía social, ha perdido todo valor ante las conciencias individuales, desde el momento que para sus **propósitos** — no deseados ni sentidos por los individuos — ha pedido y exigido el sacrificio de bienes supremos, derrochando las vidas humanas, el más precioso de los bienes y el más alto de los valores. Y es por eso que la sociedad actual es un desorden, un choque continuo de autómatas que se atraen, se repelen y se encuentran en pelea, interminable, sin objeto...

En semejantes condiciones, el proceso revolucionario empieza cuando se comienza a introducir orden en el movimiento social desordenado, cuando los hombres — que rehusan dar su adhesión al viejo estado de cosas —, sienten la necesidad de hacer adquirir a su comunidad una forma nueva. Para los revolucionarios, se trata de entender ese proceso

de generación de un mundo nuevo, de favorecerlo haciéndolo consciente. Se trata de dar a la nueva creación la conciencia del salto que va a dar para entrar en la vida con una personalidad plena y vigorosa. Es necesario, entonces, cortar enérgicamente toda relación, todo vínculo que aun pueda haber entre el viejo y el nuevo mundo!

Del otro lado — y con un programa opuesto —, están, no solamente los enemigos, sino también los inseguros, los tímidos, los miedosos, gentes que conservan — bajo la máscara del demagogo, por ejemplo — la mentalidad cobarde del pequeño burgués.

El programa típico de los contrarrevolucionarios — en lo que concierne a la constitución de los consejos — consiste en hacer reconocer a los consejos — que son órganos de la sociedad futura — por el Estado, que es el órgano supremo de la sociedad actual. Es eso mismo que han hecho los mayoritarios socialistas alemanes, consiguiendo, según parece, extinguir circunstancialmente la vitalidad del movimiento comunista espontáneo que surgió de los talleres. El "consejo" que entra, directa o indirectamente, en la órbita legal del Estado burgués, pierde, inevitablemente, su propósito, su fin último, lo único que da una justificación ideal a los nuevos organismos proletarios. **La organización proletaria que pierde la conciencia de ser, potencialmente, el Estado, de tener en sí misma su propio poder; la organización proletaria que busca fuera de sí misma la autoridad, que ella tiene las raíces en su propio seno, pronuncia su propia condena!**

Entre la organización burguesa y la organización de los trabajadores no puede haber compromisos. Entre ellas no hay que repartirse el poder. Existe un poder que conquistar: las dos autoridades, las dos fuerzas se excluyen mútuamente. La victoria será para la organización que tenga la conciencia más clara de su propia fuerza.

En lo que respecta al "control" sobre toda la actividad productora, el programa contrarevolucionario consiste en decir que se admite el principio y en **hacerlo reconocer por las autoriades burguesas**; en confiar su aplicación a los mismos órganos de la sociedad burguesa o a los órganos mixtos que entran en la gerarquía del Estado. Es un caso típico. Es lo muerto que se apodera de lo vivo y se esfuerza por llevárselo a la tumba.

Si el organismo burgués arranca de la fábrica, si tiene sus raíces en el taller, él culmina al través de una gerarquía complicada de órganos y de funciones en el Estado. De arriba a abajo, está animado por una sola voluntad y acciona con un solo fin: acumular riquezas para un grupo de hombres, para los dueños de los medios de producción y de cambio; garantizar a una minoría la libertad de vivir sin trabajar, de gozar de los bienes de la vida sin soportar los sacrificios que implica el trabajo. El Estado es quien cuida de que así sea. El es en grande, lo que el patrón en pequeño en el taller. Creer que pueda servirse del Estado para controlar la actividad económica es una puerilidad; y bajo ese proyecto se oculta malamente la intención de hacer perder a la organización revolucionaria de los trabajadores la conciencia explícita de su propio fin.

El "control" es el primer acto de la acción que debe culminar en la conquista de los medios de producción y de cambio; y es absurdo pensar y querer que en el ejercicio de ese control los trabajadores renieguen ese fin, al que persiguen, y el método de lucha que le es inherente.

Hay que poner manos a la obra, sin titubeos, para realizar el control, pero hay que hacerlo sin alejarse de los lugares naturales de las experiencias vitales del proletariado, de las fábricas, campos, talleres, oficinas técnicas y administrativas, de todos los lugares en donde una voluntad extraña reune a los hombres y los obliga a un trabajo que no es para su propio provecho."

El escrito que antecede es de la revista socialista "L'Ordine Nuovo", de Turín.

En el último congreso de la Bolsa del Trabajo de Turín se ha discutido ampliamente el asunto del "Control Obrero", y el proletariado de esa región de Italia ha exteriorizado una concepción eminentemente de clase. El escrito que hemos traducido es el reflejo del espíritu que anima a los trabajadores turineses. Es la manifestación de un rígido y sano criterio proletario que no se desvía del terreno de clase. Las sugestiones que influyen para desviar a los trabajadores de su movimiento autónomo, anticapitalista y antiestatal, son cada vez más numerosas y actuantes. La burguesía no quiere desaparecer del escenario social. Un poderoso instinto de conservación aun le infunde bríos para mantenerse en el mundo como clase directora, y ese mismo instinto de conservación le sugiere planes más o menos atrevidos para salvarse del derrumbe. Sus miembros más inteligentes y perpicaces elaboran programas, proyectan planes para desviar a los trabajadores, para ligar a los explotados en una colaboración que borre el espíritu y la acción revolucionaria.

Llaman a los obreros—a sus organizaciones—a colaborar en el mecanismo económico, como ya los han llamado más de una vez a colaborar en las instituciones políticas. Los ideólogos burgueses no se dan por vencidos. Estudian el mejor modo de realizar ese vasto plan de conservación de un régimen social que ha entrado en una faz aguda de disolución.

El proletariado que haya llegado a la concepción clara de la realidad social, que haya alcanzado la conciencia de clase revolucionaria, que se haya organizado aparte del mundo burgués, que haya roto toda vinculación con los amos políticos y económicos, que haya desarrollado nuevas instituciones sociales, plantel del nuevo mundo de los productores libres, ese proletariado será capaz de anular los planes y la acción de la turba intelectual de la burguesía, para establecer de verdad el control obrero en el mundo de la producción.

El proletariado que no haya aun encontrado la buena vía, la lucha de clases, será más de una vez víctima de esos planes burgueses que tienen la apariencia de grandes transformaciones sociales y que en realidad no son más que tentativas y prácticas para conservar en substancia, el mecanismo de la economía capitalista.

El artículo de "L'Ordine Nuovo" es una inteligente advertencia del peligro que implica para los trabajadores la acción burguesa en ese otro nuevo terreno de acción anti-proletaria.

¡No hay que dejarse impresionar por términos de aparente origen proletario! Una desconfianza sistemática por todo lo que venga del campo burgués, es inmensamente saludable; y mucho más fecunda es la acción que se puede y debe desplegar desde los sindicatos obreros que se consideran a sí mismos como los únicos que han de asumir la dirección social y el control efectivo del trabajo.

Los trabajadores revolucionarios confían su destino a su sola y propia acción!

Oscar PETRARCA.

EL DIBUJANTE

He aquí un empleado, hoy obrero, que al igual de los empleados de comercio, que hasta hace poco estos últimos abrigaban el prejuicio, salvo muy raras excepciones, que ellos pertenecían a otro campo muy distinto del proletariado. Y no obstante las conferencias y reflexiones que hacíanse, ora verbalmente, ora en las columnas de los órganos de educación obrera, sí, no, hubo necesidad de que la misma clase capitalista, sacudiéseles la modorra en que estaban sumidos, haciéndoles notar que los obreros de blusa y zapatillas encontrábanse en condiciones de orden moral y material cien codos por encima de ellos.

Sí; y cuando afirmamos esto último, no creemos que puédase herir susceptibilidades Jamás lo intentaríamos. Constatamos hechos producidos, pues, mientras los obreros eran respetados en las fábricas, talleres y lugares de producción, por la fuerza que emana de su organización de clase, estos otros, que creíanse superiores, tal vez por el uso del cuello con brillo y botín charolado, no alcanzaban a comprender que esto último era una exigencia capitalista a la cual no podían eludir su cumplimiento. Felizmente, hoy forman parte integrante del organismo sindical.

El dibujante atraviesa por un período más o menos análogo al de los empleados a que hacíamos referencia, salvo muy contadas excepciones, que sólo por el hecho de entrar a la oficina a las ocho de la mañana, cree estar dentro de la órbita burguesa. Y es el caso de reflexionar: ¿acaso por entrar una hora más tarde que la habitual de los compañeros manuales, no se trabaja ocho horas y a veces más horas que los otros compañeros? He aquí uno de los aspectos clarividentes que ofrece a nuestro examen superficial el dibujante, el que revela a todas luces nuestra inferioridad, tanto física, por el enervamiento que produce una larga jornada de labor, como en el orden moral, al no ser respetados por los patrones, como consecuencia lógica de carecer de un organismo que nos haga acreedores al respeto y consideración de todo hombre libre

Ahora bien; hemos de convenir en que el dibujante no es analfabeto, y está en condiciones iguales, o tal vez superiores, a la de los compañeros manuales, para aquilatar con toda exactitud el valor de la organización, y de ahí fluye, que ellos están llamados, en virtud de una ley de gravitación social, a sumarse al conjunto orgánico social. Y es en tal virtud, que el compañero dibujante, teniendo el convencimiento de que es un elemento técnico indispensable, no puede, bajo ningún pretexto, substraerse a colaborar con sus compañeros de clase. ¿Qué obrero dibujante rehuirá el amalgamiento de las fuerzas productoras, cuando él sabe que es luz, luz absorvida en las fuentes de la ciencia y del progreso? ¿Cuál será el compañero dibujante que cerrará los ojos ante el abrazo fraternal que hanse dado para siempre nuestros hermanos del continente europeo, sellando con un beso de amor el pensamiento del genial Carlos Marx: "Trabajadores de todos los países, uníos."

Y, por último, ¿qué compañero dibujante no se sentirá superior al ocupar su puesto en el alvéolo de clase que le corresponde, sabiendo que al vincularse entre sí, no sólo ya no es posible la competencia ruinosa del ofrecimiento de brazos, sino que se crea una personalidad propia y digna de todo hombre consciente de su propio valer?

¡Sólo los pedantes y los miopes no sabrán ocupar el lugar que la historia ha destinado a los hombres!

UN COMPAÑERO.

La Prensa Obrera

A PROPOSITO DE LA EDICION DE UN DIARIO

Hace algún tiempo se viene exteriorizando el pensamiento de realizar una publicación diaria que llene las necesidades que no basta a satisfacer ya el órgano semanal de la F. O. R. A.

No es en verdad tan de admirar este propósito como que él no sea desde hace tiempo una feliz realidad. Pero es que desde hace unos años, una iniciativa de este género demanda un esfuerzo singular su realización y basta considerarlo para obtener la medida que distancia el valor de las cosas necesarias para la clase obrera en todos sus órdenes y el poder adquisitivo de sus salarios. Cuatro o cinco años atrás, con el progreso material que hoy presenta la F. O. R. A., una publicación cuotidiana no sería un problema de importancia. Hoy, en cambio, demanda esfuerzos cercanos al sacrificio. Esto, naturalmente, teniendo en cuenta que un diario de la clase obrera organizada debe ser presentado, en lo posible, dentro del marco del progreso general que este género de actividad colectiva debe ofrecer.

Hoy, sólo el semanario "La Organización Obrera" es una publicación genuinamente de clase obrera. Es decir, en el que sólo se ventilar los problemas de su organización y su política sindical, tan esencialmente distinta de todas las corrientes actuales del pensamiento.

Por lo general, los sindicatos cuyas cajas lo toleran, y a veces aunque no lo toleren, poseen sus hojas periódicas de propaganda que llevan a todos los componentes del gremio la voz autorizada del sindicato que reclama su cooperación en la organización de oficio y dilucida y unifica el pensamiento para sus actividades. Estas publicaciones son convenientes, o, mejor dicho, necesarias. Pero así como es precisa la unificación del pensamiento para las obras progresivas de una organización sindical, lo es asimismo para la orientación y contralor de la gran comunidad general que forman estas organizaciones parciales o sindicatos.

La Federación Obrera Regional Argentina está extendida por todo el inmenso territorio del país, y en su composición forman los elementos de las más diversas formas del trabajo nacional en un gran número de organizaciones obreras. Naturalmente, cada una de ellas, o grupo de ellas, tiene sus problemas particulares y pueden ventilar y ventilan muchas cuestiones dentro de un círculo parcial de movimiento; pero por sobre estas acciones fraccionarias, se extiende insalvable el interés general de toda la clase organizada. Este interés general y la importancia que tiene no ser lesionado, sino por el contrario, cuidado, acrecentado y dirigido, es lo que hace necesaria la existencia de un vehículo de información. Cada obrero organizado puede por este medio tener conocimiento del estado general y, por lo tanto, conciencia en las deliberaciones sindicales que de algún modo han de influir sobre los intereses comunes de la clase.

Con este objeto, se dió nacimiento a "La Organización Obrera" semanal, donde se refleja con exactitud el sentir y el pensar de la clase obrera federada, y sus beneficios morales pueden ser apreciados por todos; pero el semanario hoy no basta a las aumentadas necesidades de unión espiritual cuya satisfacción reclama la masa orgánica de la F. O. R. A.

Aparte de la importancia que tiene el hecho de que los trabajadores tengan una fuente diaria y propia de información, ilustrándose por vía directa de sus múltiples actividades, es preciso poner luz sobre otros aspectos que presenta la acción sindical.

La F .O. R. A., como organización revolucionaria de la clase trabajadora, y a esta altura de su progreso y de los mismos acontecimientos que hacen crujir en su base el predominio capitalista, debe orientarse autónoma y precisa en medio de toda la multiplicidad de tendencias, sectas y facciones, con su cohorte de egoísmos mezquinos que agitan la superficie de la sociedad burguesa. Debe ir haciendo su política de clase obrera orgánica y, por lo tanto, crear el órgano natural por el cual se expongan y exterioricen sus aspiraciones.

Para esto no basta, como se comprenderá, una publicación semanal; se necesita diaria y que sea de capacidad: con todos los elementos imprescindibles para la lucha áspera que desde el primer instante tendrá que iniciar y sostener.

En medio de un capitalismo sórdido y sagaz, que no vacilará en oponérsele por todos los medios lícitos y vedados, un diario de la Federación Obrera Regional Argentina debe venir con mucha salud a la vida pública. Y, como se dice al principio, exige, naturalmente, un esfuerzo inusitado de todos y todos debemos prestarlo dentro del máximo de nuestras posibilidades, en atención a la enorme importancia actual que tiene esta iniciativa. Ella es ya una realidad material para ls organizaciones obreras de casi todos los países y la nuestra no tiene motivos para estar exceptuada de este progreso necesario e impostergable.

¿Neomalthusianismo o aborto "criminal"?

A propósito de una relación médica

El profesor Bottaro, de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, presentó vez pasada una relación a un congreso de medicina, estudiando las causas que impulsan a las mujeres a provocar el aborto. En ese estudio, el profesor Bottaro hace un excursión por el campo del problema sexual, pero pasando como por sobre ascuas por encima de los más fundamentales puntos de tan interesante cuestión. Ha hecho un interesante estudio, pero más por lo que sugiere que por lo que expone y plantea.

Constata que el aborto provocado—o "criminal"—no es solamente un mal nacional, sino un mal universal, y de todos los tiempos. Se propone estudiar las causas e indicar los medios que han de servir para combatirlo. El aborto provocado sería el generador de muchísimos males físicos de alcance individual; y es la causa de una gran mayoría de enfermedades de los órganos sexuales de las mujeres. Hace esa constatación en su carácter de médico especialista que actúa en el medio hospitalario. Sostiene que las causas de la práctica del aborto son individuales y sociales. Pero el autor de esa relación no pone en evidencia, en toda su desnudez, las causas fundamentales. Se concreta a divagar sobre la "carencia de principios morales", de "la falta absoluta de los inmortales principios del Bien", "la alteración de las leyes éticas", de "la no existencia de rectitud", del "vicio" y de tantas otras cosas parecidas que imputa a las mujeres que se provocan, o se hacen provocar, el aborto. De paso constata que los progresos materiales no están en relación con la moralidad. Los progresos materiales son efectivos, pero lo son para una parte de los humanos, que, dada su condición de privilegiados, los pueden disfrutar. Y esa misma desigualdad social, imputable a una desigualdad económica, no ha hecho ver al profesor Bottaro, cuanta influencia tiene en la producción de acciones—como el aborto provocado—que se califican como inmorales o de deficiente moralidad.

Hablar de "gérmenes de descomposición que se inoculan cautelosamente en nuestro organismo social", como hace el profesor Bottaro, es simplemente transportar al campo de la sociología la terminología médica, o es hablar figuradamente, pero sin mayor claridad, sin precisión, en lo que se refiere al fenómeno tan concreto del aborto provocado. En el terreno social lo que tiene valor es el estudio de los hechos, y en el caso que nos ocupa las condiciones materiales de existencia, que son las que fundamentan el vivir de las mujeres que utilizan esa práctica. Y frente a los "males"—como se califican bajo un punto de vista ético corriente—cuando no se va a estudiar las condiciones de vida, sólo se piensa oponer medidas represivas o la enseñanza de la "moral". Pero, esos recursos son conocidísimos y ya han sido puestos en práctica, pero con el más evidente de los fracasos. La "moral"—ese conjunto de advertencias y consejos caseros—es conocida muy bien hasta por la más infeliz de las mujeres, la cual sabe, perfectamente, que el aborto provocado es una acción repudiable y castigable.

En este problema—como en tantos otros de índole social—los ideólogos y los "moralistas", han fracasado. La prueba, que no admite discusión, está en la mayor frecuencia de los abortos provocados que se constatan. Esa misma frecuencia debería haber indicado a los estudiosos que han persistido en abordar el problema bajo esa faz, que la recordación insistente de que el aborto provocado es una acción repudiable y castigable no es suficiente ahora, como no ha sido nunca un "remedio".

En realidad se está en plena contradicción. Las mujeres sienten necesidad de satisfacer su impulso sexual, y ese impulso es tan imperioso que no tiene en cuenta, fundamentalmente, la "moral", ni el código social. Es que todo hombre o mujer, llegados a una cierta faz de su desarrollo físico, sienten el deseo de satisfacerse sexualmente. Se trata de una necesidad orgánica. Y no satisfacerla es contrariar a su propia naturaleza. Si las condiciones sociales se lo impiden, la satisfacción se busca en el onanismo o en la prostitución. Es un impulso tan imperioso que la abstención, o no es posible, o la necesidad sexual se satisface buscando derivativos, o se realiza naturalmente, pero con todas las consecuencias sociales criticables, cuando no se ha hecho en las condiciones de legalidad exigidas por la sociedad.

Los "científicos" invocan a cada paso las "leyes naturales", sosteniendo, en el "estudio", que el acto sexual es una función inherente al organismo humano y que no debe de ser restringido, ni impedido. Pero, ese razonamiento lo hacen como "estudiosos", abstractamente, porque cuando los hombres y las mujeres, que viven en la realidad, se abandonan al impulso sexual, sin cumplir, previamente, con requisitos "legales", esos mismos "científicos" elevan su protesta clamando contra esa acción, motejándola de "inmoral", cuando en realidad sigue siendo siempre "natural", es decir una necesidad biológica, ¡una ley de la vida!

Si hay que dejar que la naturaleza obre, ¿por qué, cuándo el impulso sexual pide su parte en la vida, se le interpone el concepto del "honor", un concepto exclusivamente social? Cuando el impulso sexual se ha concretado, dando resultados materiales, convirtiendo en madre a la mujer, ¿por qué, ante ese hecho natural, se opone la ilegalidad del acto cuando ha sido realizado sin permisos sociales especiales?

Las mujeres que no han cumplido con ciertos requisitos "legales", puestas en el duro trance de afrontar toda la formidable crítica social, en su inmensa mayoría no se sienten capaces de hacer frente al prejuicio, a la "moral", y para escapar a la condenación social correspondiente, recurren al procedimiento del aborto, con evidente peligro de su misma vida.

¡En ese hecho está encerrada la verdadera y fundamental causa del aborto provocado!

¿Por qué no se aborda desde este punto de vista el estudio de la cuestión?

Se ha preferido, casi siempre, hacer una metafísica... "científica", un juego de equilibrismo con términos, una pura academia, considerando al asunto como un vulgar problema de "moral" y preconizando como remedios heroicos el matrimonio "legal" o la continencia sexual.

El matrimonio "legal" es un remedio que no necesita ser indicado, pues quienes pueden realizarlo lo realizan, pero aquellos que por sus condiciones sociales no pueden, sienten y siguen sintiendo, también, imperiosamente la necesidad de satisfacer el hambre sexual. ¿Puede haber continencia sexual en hombres y mujeres sanos física e intelectualmente? La continencia es posible en muy contados casos. Esos casos, responden, o a un profundo fanatismo religioso, o a impotencia, por deficiencia orgánica o por el temor a las enfermedades venéreas.

¿Qué es lo que tiende a contener? ¡El "honor" femenino!

Las ideas morales est;n orientadas en el sentido de que la mujer no utilice sus órganos sexuales para satisfacer sus impulsos sino cuando haya obtenido, mediante el matrimonio, un permiso especial otorgado por el Estado y la Iglesia. Y ese "honor" femenino es cultivado con una preocupación especial. Pero como es un concepto social, en la realidad de la vida individual no tiene una acción que fundamentalmente obligue a la continencia sexual. El impulso del sexo se sobrepone a todo y se manifiesta, respetando el "honor", cuando se traduce en el matrimonio "legal", o choca con ese mismo "honor" o lo simula, al menos, en los otros casos.

Las mujeres que se resisten a satisfacer esa necesidad, lo hacen con detrimento evidente de su salud física y moral. Si no se resisten y lo satisfacen sin haberse previamente puesto en condiciones de "legalidad", y si el acto tiene consecuencias materiales que lo evidencian — embarazo —, entonces el concepto del "honor femenino" hace que para no transgredirlo socialmente se recurra al procedimiento del aborto, a la eliminación de la prueba material, acción que, después de todo, si satisface aparentemente la moral, no destruye el hecho mismo.

El aborto ha sido y es estigmatizado. Los médicos lo señalan como un atentado contra la salud física, o, como dice el profesor Bottaro, como el "tronchador de la existencia de seres en gestación, como el interruptor de la corriente de la vida"... Los moralistas lo repudian porque es innoble y criminal y porque no deja que el fruto de la satisfacción sexual sea eliminado cuando debe ser el testimonio de la transgresión a las reglas que la sociedad ha impuesto a los hombres, y especialmente a las mujeres, como condición para la satisfacción del deseo sexual. Por eso se castiga el aborto provocado.

¿Frente al repudio y al castigo, a la acción moral y a la acción material en contra, el aborto ha desaparecido o ha disminuído de frecuencia? No; no ha desaparecido ni disminuído su frecuencia. Y, sin embargo, todavía se insiste en la eficacia de esos medios, en la creencia de que constituyen el fundamento de una lucha contra ese mal. Es que la mayoría de los humanos no han sabido comprender que amor y procreación, socialmente considerados, son dos cosas que pueden muy bien no ser continuación el uno de la otra. El amor sexual puede realizarse sin procreación o con procreación a voluntad. La generación puede ser consciente.

Una inmensa cantidad de hombres y mujeres no pueden, por sus condiciones de vida, soportar la carga inmensa que exige el sostén de los hijos. Y muy bien pueden recurrir — como lo hacen muchos — a la procreación voluntaria. Hombres y mujeres que necesitan satisfacer su hambre sexual, pueden muy bien satisfacerla recurriendo a la profilaxis preconcepcional, para así no soportar la carga social de los hijos o para dejar "intacto", ante la sociedad, el "honor" femenino, cuando, para satisfacer sus deseos, no han recurrido primeramente a ponerse bien con el Estado y con la Iglesia.

Esas prácticas, que en general se han denominado Neomalthusianismo, ya son muy corrientes, sobre todo en los grandes centros industriales.

¿Qué han provocado? ¡Protestas y bendiciones!

Los moralistas y una inmensa cantidad de médicos, abogados, juristas, políticos, filósofos, etc., se oponen, en el terreno teórico, y discuten sobre los perjuicios que acarrean.

Cuando los trabajadores exigen mejores condiciones de vida, alegando, entre otras razones, que tienen una inmensa prole que mantener, los capitalistas y su servidumbre intelectual, aconsejan que no hay que tener tantos hijos!

Si los trabajadores se preocupan por no echar al mundo tantos hijos, utilizando la profilaxis pre-concepcional, entonces, esa misma gente que le indicaba como causa de su miseria la inmensa prole, los califica de inmorales, de elementos peligrosos y perniciosos que están atentando contra el porvenir del país y de la raza!

El profesor Bottaro califica de egoísmo insano, de goce sexual sin responsabilidad, al Neomalthusianismo. Pero el Neomalthusianismo — o generación voluntaria — es el recurso obligado de los que quieren poner a salvo el "honor femenino", o de los que no pueden afrontar la carga inmensa de los hijos numerosos, pero que, naturalmente, quieren satisfacer una necesidad natural. El Neomalthusianismo es hasta el mejor recurso contra el aborto provocado o "criminal".

¿Por qué ir contra el impulso sexual, haciendo casi exclusivamente víctima a la mujer? Lo lógico y coherente sería manifestarse contra una organización social que esclaviza a la mujer y hace deshonrosa la maternidad "ilegal". El impulso sexual no se anula, y en ésta sociedad se satisface a despecho de todas las prohibiciones y frenos. Pero, para evitar la condenación social, se simula, se recurre al aborto o la profilaxis pre-concepcional, recursos que indican claramente que las mujeres son esclavas, que carecen de la libertad de disponer de sus órganos sexuales a su voluntad.

No tener hijos es una razón de comodidad social entre las mujeres de las clases pudientes. No tener hijos, entre las otras mujeres, es una razón de economía o de "moralidad"!

¿Qué viola el Neomalthusianismo?

Los moralistas y demás gente intelectual de la burguesía sostienen que viola las leyes de la naturaleza. Y aquí conviene establecer que en las sociedades humanas las leyes que dominan y fundamentan la vida de relación son leyes económicas. Se ha forjado una moral exclusivista, que favorece al hombre y que hace de la mujer un sér inferior y sometible Cuando la mujer siente por su propio sexo la necesidad de satisfacerlo, no hace más que seguir y respetar una ley natural. Si la sigue y la respeta — sin el permiso del Estado y de la Iglesia, que no son constituciones naturales sino sociales —, entonces, esos mismos que hablan a cada paso de la Naturaleza y de sus leyes, se horrorizan, se escandalizan, o lo fingen! ¿Por qué no respetan las leyes de esa naturaleza que tanto invocan?

El profesor Bottaro, por fin, en su excursión, se encuentra, sin advertirlo, entre la espada y la pared, es decir entre el impulso sexual y la sociedad. ¿Y qué hace? Declara que el problema es complejo! Es que el profesor tiene mentalidad de burgués y no puede menos que debatirse, impotente, entre la "moral" y los "hechos" de la vida sexual. Se espanta del fundamento del problema, presiente que para resolverlo hay que proclamar que la "moral" burguesa es impotente y que es necesario un cambio completo de las relaciones sociales, una nueva educación sexual, haciendo que la mujer adquiera condiciones de igualdad económica y que se cambie por completo el concepto del "honor" femenino.

El profesor Bottaro llega al recurso de la profilaxis pre-concepcional, al Neomalthusianimo; pero, inmediatamente, guiado indudablemente por su mentalidad burguesa, retrocede, invocando que esas prácticas constituyen un estímulo contra el matrimonio "legal". ¡Cómo si no se pudieran unir libremente hombres y mujeres, sin permisos especiales, y como si esa unión no fuera un respeto a la ley de la Naturaleza!

El profesor Bottaro no concibe más unión digna de ser apreciada y respetada que la permitida por el Estado. ¿Y acaso, uniéndose legalmente, una gran cantidad de hombres y

mujeres no recurren, por una razón económica, a la profilaxis pre-concepcional? El problema de los hijos no es solamente para los que desean satisfacer sus impulsos sexuales ilegalmente, para poner a salvo el "honor", sino que es también para una inmensa mayoría de las uniones legales entre proletarios.

La visión del hijo "ilegítimo", es un impulso poderoso para llegar al aborto provocado. Es el problema de la maternidad honrosa o deshonrosa que resurge siempre en todas estas cuestiones.

La ley, al castigar, ¿ha evitado el aborto como práctica ulterior? ¿Lo ha extirpado? ¡No! La represión ha sido siempre impotente.

Teóricamente, el profesor Bottaro acepta el Neomalthusianismo, pero en la práctica lo considera peligroso y pernicioso. ¿Qué hacer? Se debate entre la "moral" y la "necesidad", y, por fin, se inclina por la negativa, sin indicar ninguna profilaxis, e invitando a transigir, es decir a hacer que la madre "ilegal" no sea menospreciada — a fin de que no llegue al aborto — y para que se la considere con una tara, como una pecadora que se la perdona moralmente si se dedica a la crianza de su hijo. No había necesidad de abordar el asunto con vestidura de hombre de ciencia para llegar a una conclusión que ya estaba hecha en los catecismos de las diversas y viejas religiones. La pecadora que es perdonada porque se arrepiente de su falta y dedica su vida a expiar la falta obligándose a criar a su hijo!

¡La ciencia del profesor Bottano había sido la ciencia de un catecismo!

Eso se denominaría también "benevolencia", "lástima"...

Sin embargo, el profesor Bottaro, por su condición de médico especialista en enfermedades de mujeres, habrá tenido ocasión de conocer la psicología de la mujer, y, sobre todo, las condiciones de vida de esa caravana de pobres seres condenados a la continencia sexual en nombre de principios sociales que no se avienen con las leyes de la naturaleza. Y es lástima que un médico que tiene esa especialización, como el profesor Bottaro, no haya llegado, en su estudio, a poner de manifiesto las causas sociales del aborto provocado.

La relación del profesor Bottaro, con sus disgresiones tan contradictorias, vuelve a confirmar que la mujer es una esclava social y que los amos masculinos son los que han impuesto el concepto del "honor".

El aborto provocado es un resultado fatal de las condiciones en que vive la mujer y de la educación sexual actual. La eliminación no es obra de sugestiones morales, ni de influencias ideológicas, porque todo eso no puede oponerse realmente al impulso sexual. No hay que preocuparse por poner frenos a un impulso natural, sino por permitirle su expansión en condiciones sociales mejores y diversas de las actuales, porque éstas han fracasado irremediablemente. El amor sexual es un esclavo de la economía que se ve obligado a ser malo, hipócrita, fraudulento y criminal!

Bartolomé BOSIO.

SOVIETS Y SINDICATOS

Griffuelhes, un viejo y conocido militante sindicalista francés, ha dado en París una interesante conferencia sobre soviets y sindicatos. El resumen que transcribimos y traducimos del periódico sindicalista "La Vie Ouvriére", (número 41) es digno de ser leído por los trabajadores que en este país también siguen con atención el curso de los acontecimientos del viejo mundo y especialmente en lo que se refiere al movimiento obrero.

Griffuelhes no se deja impresionar por los aspectos más inmediatos y superficiales de los hechos y remarca, con una clarísima visión y particular insistencia, sobre la lucha de clases, repudiando con energía y un vigor crítico admirable la tendencia que en ciertos medios se esboza de la colaboración de clases, que quiere rejuvenecer un democratismo político. Griffuelhes es un vigoroso pensador proletario, y sus observaciones siempre han sido notables, por su claridad y penetración y por ser de un obrero militante, de un hombre de acción que no se ha encerrado en un gabinete sociológico para desde allí mirar y anotar. Sus observaciones tienen ese inmenso valor.

O. P.

....

"Griffuelhes hace un estudio comparativo entre el sistema de los soviets y el sindicalismo revolucionario francés. Los dos se apoyan sobre todo en el "productor", despreocupándose del "ciudadano". Lo que constituye—y seguirá constituyendo—la fuerza de los soviets, es que ellos dan derechos y poderes a los productores—obreros y campesinos. Y es en esa distinción entre productores y ciudadanos en lo que reposa lo esencial del pensamiento práctico o doctrinal de Griffuelhes.

¿Derechos y poderes a la política o derechos y poderes a la producción? ¿Democratismo y política o Sindicalismo y producción? ¡Hay que elegir!

El democratismo puede implicar la preponderancia de las masas "populares". Pero esa preponderancia, generalmente consagrada por el sufragio universal, supone y propone la idea de un sistema político que se reconoce "aceptándoles" las variaciones y distinciones sociales.

El sindicalismo no reconoce ni acepta, esas diferencias sociales y económicas.

El democratismo quiere conciliar—confundiéndolos—los intereses de las dos clases.

El sindicalismo no admite nada más que la clase obrera, comprendiendo en ésta a los que participan en la producción. Niega la posibilidad de una conciliación mientras existan dos clases en la sociedad: la que dirige y la que obedece; la que posee y la que es despojada. El capitalismo es el resultado de una usurpación y es para desposeerlo de un poder ilegal que en su contra el sindicalismo organiza a la clase obrera.

El democratismo gira alrededor de la conservación social. En nombre de principios de autoridad acuerda a los unos el derecho de dominar, y en nombre de los principios de la concordia atribuye a los otros el deber de someterse.

Es en esta diferencia entre el productor y el ciudadano que reside la originalidad y la fuerza del sindicalismo.

Hace, después, referencia a los productores industriales y a los productores campesinos. Insiste en que la producción será técnica, es decir, en primer término la obra de los obreros industriales, de aquellos productores a quienes sus costumbres, su organización, su mentalidad y, sobre todo la guerra, ha provisto y provee de posibilidades revolucionarias. Considera, al mismo tiempo, que la revolución no puede ser hecha sin el concurso de los campesinos, en quienes la guerra ha recalcado el espíritu conservador. Habrá que orientarlos hacia el nuevo régimen por medio de un sistema de industrialización del trabajo de la tierra.

Se pronuncia contra el trabajo de lujo, contra el artesanado, que saca brazos a la producción útil. No quiere un país que se preocupe por las diversiones exclusivamente. Preconiza el obrero "funcionario", dedicado a una tarea durante un determinado tiempo del día. Hay que "taylorizar" pero en provecho de la producción proletaria. Aprueba sin reservas, el sistema de los soviets y la dictadura del proletariado; y piensa que los trabajadores revolucionarios de Rusia tienen que realizar un esfuerzo considerable para poder asegurar su bienestar en el comunismo. Tiene fe en esa obra. Aborda, fundamentalmente, la cuestión de la producción. Pero, está muy lejos de estimular a los obreros en esa tarea de producir. El productor es el único capaz, en la situación actual, de salvar al capitalismo y al Estado.

¿Debemos incitar a una mayor producción? Griffuelhes dice que no debe incitarse a esa mayor producción. No por pereza, ni por despreocupación, sino por razonamiento. **Hay que negarse a la producción y hacer la revolución.**

Notas breves

La rapacidad burguesa

Tomen nota los que alimentan la teoría de que la carestía de la vida es una consecuencia inmediata de las huelgas.

No hubo huelga de locatarios y el precio de los alquileres llegó a lo imposible; tampoco la hubo de obreros tranviarios, y si la hubo no fué gananciosa para ellos, y sin embargo las empresas han elevado las tarifas de pasajes.

En todo esto el sofisma burgués desempeña su juego.

Según los propietarios de casas, la elevación de los alquileres débese a la carestía de la mano de obra. Pero, ¿de qué mano de obra? Las casas, o los tugurios, que hoy pagamos tan caras fueron construídas con anterioridad a la pequeña alza de salarios; muchas de ellas se construyeron cuando los albañiles percibían tres pesos por una jornada de diez horas, cuatro pesos los carpinteros y así los demás trabajadores de la construcción.

La única mano de obra realmente cara es la burguesa. Los burgueses no trabajan pero se cobran mejor que si trabajasen. Y en cuanto a exigencias tienen muchas más que los que dedicamos nuestros esfuerzos a la producción de algo útil. Nosotros alquilamos una ratonera sin exigir al locador que entierre a sus hijos en el caso de tenerlos; en cambio ellos nos exigen precio de palacio por la tal ratonera y a condición de que dejemos nuestros hijos en la calle.

Por su parte, las empresas de tranvías, han enriquecido la serie de sofismas burgueses para justificar la expoliación del público. Para ellas no hay mano de obra cara y sí unos vehementes deseos de proteger a sus obreros. Este rasgo de generosidad, tan ardorosamente defendido por los concejales radicales, es uno de los tantos lugares comunes de la filantropía burguesa. Cualquiera dama de las muchas que hacen la caridad, necesita el concurso de la explotación que ejerce el marido para acreditar sus acciones bondadosas. ¡Es tan lindo dar unos trapitos a un pobre después de haberle hecho producir ricos casimires para el señor...!

Pues bien; las empresas de tranvías, imitando en cierto modo a las caritativas damas, aumentan en unos pesos los salarios de sus obreros con los millones que anualmente percibirán en razón de los dos centavos de aumento por pasaje.

Como esto pudiera parecer una ganga para sus intereses, las empresas se apresuran a decir al público, mediante carteles expuestos en los lugares más visibles de los coches, que gracias al aumento de dos centavos en la tarifa, el público experimentará una rebaja en los artículos de consumo.

Confesamos nuestro aturdimiento. Jamás hemos sospechado que un despojo pudiese beneficiar al despojado. Porque en el caso de las empresas no se trata de despojarle a un ciudadano, o a todos los ciudadanos, de un tumor, por ejemplo—hecho que sería de agradecer—sino que se trata de despojar a todo el mundo de dos centavos cada vez que la necesidad obligue a utilizar un tranvía. Y esto, a pesar de las interesante lucubraciones impresas en los consabidos carteles, no vemos que tenga relación con los elevados alquileres, con los precios exhorbitantes del sastre, o con los pésimos y caros artículos de almacén.

El costo de la vida no depende de la circulación de unas cuantas monedas de cobre. Esto lo saben las empresas tan bien como nosotros; lo que no obsta para que recurran a esa niñería, animadas quizás por el propósito de burlarse del público que es su víctima.

El ahorro

La Caja Nacional de Ahorro Postal se ha propuesto esfumar a cada pasajero los tres centavos que las empresas de tranvías le dejan libres en la moneda fraccionaria de cinco centavos.

Ante este hecho ya no sabemos que pensar de la tesis de las empresas relativa a la carestía de la vida. ¿O es que participan del mismo criterio las autoridades de dicha Caja y querrán dar una manito a las empresas en su tarea de aliviar al público del peso de la vida?

Un poeta dijo que la vida es del color del cristal con que se mira. Puede ser que esta afirmación contenga la explicación del por qué el público juzga la defensa de sus intereses de manera distinta a las empresas y a la Caja de Ahorro Postal. Estas dicen que protegen al público, pero el público grita que le roban.

Decididamente el público sabe poco de filosofía. Por algo tiene directores para que reflexionen por él. Recurramos al cristal del poeta para salir del atolladero.

Imaginemos un ciudadano provisto de una cartera con diez pesos. Este ciudadano es asaltado por una banda de ladrones, quienes, después de buscar en la cartera se contentan con substraer cinco pesos y se retiran con todos los respetos.

Cualquiera, colocado en ese trance, se consideraría dichoso y hasta agradecido de ladrones tan amables.

Pues este es el caso de las empresas y de la Caja de Ahorro Postal combinada. Aquellas pudieron exigir diez y seis centavos por pasaje en vez de doce, y ésta limosnear los cuatro complementarios de la moneda de veinte. Sin embargo se contentan con menos, y es por ello que les debemos agradecimiento.

Los ladrones suelen, en muchos casos, degollar a sus víctimas. Pues empresas y Caja no piensan llegar a este punto. ¡Agradecidísimos todos!

Tomemos aparte la acción de la Caja de Ahorro, ya que sus propósitos son distintos a los de las empresas.

De los tres centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad acrecentada por intereses. Tiene la virtud de trasplantar a nuestros días la época bíblica en que se reproducían los peces y los panes por resortes ajenos a los naturales.

Esto sí que es una ganga. Pues a esta ganga se le llama ahorro.

A pesar de lo tentador de la oferta el público se resiste y protesta. Pero la Caja, empeñada en favorecerlo, recurre a los argumentos persuasivos: habla del bienestar del individuo y de la grandeza de la patria.

El público, que desconoce el empleo del cristal del poeta, sigue resistiéndose; y no falta antipatriota que diga que su bienestar no consiste en ahorrar sobre el hambre y que en cuanto a la grandeza de la patria no importaría que fuese más pequeña con tal de estar mejor repartida.

Después de ésto cabe preguntar si las teorías de Zozaya han hecho escuela en nuestro público. Para el escritor español, el ahorro es malo y el aconsejarlo un crimen. Y apoya la dureza del calificativo en que no es conveniente ahorrar sobre el pan, que ya por ser escaso entre los pobres los expone a la tuberculosis.

Si estas ideas tienen ambiente en nuestro público, nosotros no envidiamos la posición de criminales que a los ojos de todos ocupan los directores de esa Caja de Ahorro.

El escritor aludido aconseja a su vez, que el ahorro debía llevarse a cabo sobre lo superfluo: sobre el automóvil y el vestido de lujo.

No está malo el consejo. Pero es tan superfluo como el lujo. La recomendación del ahorro tiene vistas a los pobres. ¿Para qué ahorrar los ricos si esa es condición de pobreza?

Entonces, los cartelitos de nuestros tranvías... ingleses van enderezados a los que comen poco pan para que en lo sucesivo coman menos, que es lo mismo que invitarles a costearse de su peculio, mediante unas monedas diarias de cobre cambiadas en estampillas de ahorro, una entrada para el hospital de tuberculosos.

Parece que el mejor asiento para una grandeza patriótica son las hosamentas de los tísicos.

Al menos así se desprende de lo que dice Zozaya y de lo que hacen los que entre nosotros prestigian el ahorro.

DEMOS.

El 1.° de Mayo y nuestra acción

Fecha de afirmación revolucionaria en la cual el proletariado del universo exterioriza su protesta contra un régimen de oprobio y sus ansias de emancipación, el 1° de Mayo debe ser para nosotros un día en el que esas ansias y esos propósitos cobren el mayor vigor. Los productores que formamos en el Sindicato de Obreros Ebanistas, Similares y Anexos — órgano actuante de ese movimiento reivindicador — entendemos conmemorarlo haciendo abandono del trabajo. Y con este motivo, bien podemos referirnos a nuestra obra efectiva de conquista y transformación, obra que debemos recordar con justificado orgullo. Durante los 24 años que tiene de vida nuestro Sindicato ha realizado una labor inmensa y fecunda en el sentido de capacitar y mejorar las condiciones morales y materiales del gremio. Y de esto que decimos, dan elocuente testimonio los hechos.

Demos una mirada retrospectiva para apreciar mejor nuestro avance.

En los primeros años de su vida, el Sindicato era apenas tenido en cuenta por los patrones y mirado con indiferencia por muchos obreros. Y es claro, la situación era ésta: los capitalistas arreciaban sus persecuciones a los animosos camaradas que habían tenido la valentía de colocar la piedra fundamental del Sindicato. De las condiciones de salario, trabajo y horario, ni que hablar: eran pésimas.

Todo esto lo sabemos bien todos cuantos hemos actuado con mayor o menor actividad.

La pertinacia y el esfuerzo continuado, estimuladas estas cualidades por el aguijón de la necesidad, han dado sus hermosos frutos y hoy contamos con un baluarte sindical que ha podido dar razón, en diversas ocasiones y circunstancias, de la soberbia y codicia patronales.

Los iniciadores de la obra hubieron de poner a prueba un caudal enorme de energía y sacrificios para asentar las bases del Sindicato, hasta que, el ingreso de nuevos compañeros fué facilitando poco a poco la tarea y haciéndola grata. Entretanto, el Sindicato cobraba robustez, se engrandecía y ensanchaba, haciéndose apto para librar grandes luchas con resultados victoriosos.

No hay que decir que hemos sufrido algunos fracasos, pero fueron los de la primera hora, los de todo comienzo, en fin.

La clase capitalista, en el primer período de la organización sindical, sabiendo que su fuerza era todavía poca, presentaba a nuestras reivindicaciones una resistencia tenaz y obstinada, declarando algunas veces el locaut como medida de represalia y con el designio de intimidarnos.

Nada de eso, sin embargo, le sirvió al capitalismo, viendo siempre frustrados sus anhelos tiránicos por la constancia y voluntad inquebrantable del núcleo activo e inteligente de militantes que se mantenía firme en la brecha, defendiendo palmo a palmo las conquistas que la clase patronal quería arrancarnos. Y la firmeza de esos militantes constituía, de hecho, una fuerza de estímulo para el gremio, que, insensiblemente y como atraído por la instintiva convicción de que en su unión residía la fuerza, venía a engrosar las filas del Sindicato.

Las filas se fueron apretando y la conciencia sindical creciendo. Se iban formando las condiciones morales y materiales necesarias para el triunfo, en una palabra.

¡Todo por la obra inteligente, la pertinacia y el espíritu de sacrificio de los camaradas que no abandonaron nunca su puesto y por la eficaz colaboración del gremio, que supo comprender sus intereses y ponerse en condiciones de defenderlos y hacerlos prevalecer por sí mismo, mediante la fuerza que representa nuestro Sindicato de Ebanistas, Similares y Anexos!

¡Es él una fuerza robusta en el más lato sentido de la expresión!

¡Y es obra nuestra, creada para nuestra defensa y para laborar por nuestra idealidad emancipadora!

Podemos, pues, repito, estar orgullosos.

De ello — de la fuerza de nuestro Sindicato — informa el éxito que hemos sabido obtener en la huelga reciente. La mayoría de los patrones aceptó sin chistar nuestras reivindicaciones, y los que resistieron, en menos de una semana fueron sometidos. Y de resultas de esa victoria, nuestra voluntad consciente, se hace presente en los talleres y morigera en un grado inapreciable la soberbia patronal. Y esto ocurre, podemos decirlo sin temor a incurrir en una falsedad, en la gran mayoría de los talleres de ebanistería y sus anexos.

Conviene, por otra parte, tener en cuenta la calidad de las mejoras que conquistamos, así desde el punto de vista moral como material. Ellas son verdaderamente importantes, hasta trascendentales en cierto aspecto. Sin vana jactancia, podemos afirmar que son muy contados los sindicatos en Sud América que hayan realizado, en base de su propia fuerza, tan importantes y valiosas conquistas.

La acción reivindicadora de nuestro Sindicato, bueno es hacerlo notar, no se ha concretado solamente a elevar las condiciones de sus adherentes. También ha sido uno de los que más ha contribuído al robustecimiento y prestigio de la organización central de los trabajadores del país, o sea la F.O.R.A., de la cual formamos parte integrante, y de otras organizaciones hermanas que, por intermedio de aquélla, solicitaron nuestro apoyo y ayuda pecuniaria.

No en vano decimos, pues, que nuestro Sindicato es una fuerza.

Con orgullo, entonces, y conscientemente, podemos conmemorar el 1º de Mayo de 1920.

Y en esta fecha, proclamemos, avalorando la magnitud de nuestra obra y la de todo el proletariado, que estamos ciertos de llegar a la meta triunfantes y con nuestros propios medios e instituciones.

M. FERNANDEZ.

Hacia la verdadera igualdad y libertad

Para nosotros—la clase productora—la tan decantada "libertad", no dejaba de ser una simple ficción, un verdadero sarcasmo, que los burgueses emplean como pantalla... Libertad, libertad, libertad, dice la letra del himno nacional. Y nosotros contestamos: Sí, pero esa libertad, es la libertad de la clase capitalista, la libertad que conquistó la burguesía en su revolución para producir, comerciar, importar y exportar con absoluta libertad. Pero esa libertad no nos roza ni las ropas que llevamos puestas a nosotros los trabajadores.

Ellos conquistaron, como he dicho anteriormente, la libertad de producción, lograron un objeto: el de producir aun en mayor cantidad de la necesaria para la humanidad; con lo que, según ellos, solucionaban con la revolución burguesa: el problema de la desigualdad.

Hoy no se puede decir que la desigualdad obedece a la limitación de la producción; hoy se produce en gran escala, sobrepasando lo exigido por las necesidades. Y a pesar de esto tampoco se ha logrado la igualdad de los seres humanos. Dijeron que luchaban por la libertad, igualdad y fraternidad. Y, triunfantes en la revolución burguesa, ¿por qué no llevaron a la práctica dicha teoría? De ello nos vamos a ocupar brevemente, y es posible que lleguemos a la conclusión de la inutilidad burguesa, ya puesta de manifiesto en todas sus actuaciones.

La revolución burguesa, triunfante sobre el feudalismo, no hizo más que adueñarse de los instrumentos de producción y utilizarlos en provecho de sus intereses y privilegios de clase. Y el Estado—patrón institucional eminentemente de clase, utilizado como instrumento en pro de los intereses capitalistas—dicta leyes y les dice a todos los hombres: "todos son iguales ante la ley". Y con ese engaño creen solucionado el problema de la igualdad de los seres humanos. Y más adelante dicen: "todos tenemos la libertad de elegir nuestros representantes ante el parlamento". Y con esto ya consideran resuelto el problema de la libertad.

Ahora, nosotros, los productores, los creadores de toda la fuerza productiva, después de haber experimentado muchos engaños y muchos errores, no creemos en nadie y les decimos a todos los parásitos y picapleitos, que nosotros nos bastamos y que no necesitamos "protección" de nadie.

Ahora no queremos saber absolutamente nada de la "igualdad ante la ley", y tampoco de la "libertad de elegir representantes"; ahora, el pueblo productor, bastante ducho por cierto, no quiere mariposear, y de acuerdo con un concepto práctico, ve que será muy libre ante la ley; pero que en el campo del trabajo es un hombre que no goza absolutamente de ninguna libertad, si él no es capaz de conquistarla.

Entonces, el obrero, librado a sus propias fuerzas y acción, se ve obligado a crear su sindicato.

Aquí nos vemos obligados a dedicar unos párrafos a la "crítica", o, más bien, a la mixtificación que realizan los grandes rotativos, la mal llamada "Liga patriótica", y todos los leguleyos; que continuamente se dedican a hacer creer que los trabajadores no gozan de libertad por la "tiranía sindicalista". Ellos podrán decir lo que se les antoje; como así nosotros podríamos decirles que ellos hablan porque les pagan para eso.

Pero nosotros, los trabajadores, sabemos perfectamente que "nuestra libertad" empieza desde el momento en que ingresamos al sindicato obrero, y que fuera de él, el obrero tendrá que permanecer sometido a la omnímoda voluntad del patrón; servirle las horas que el burgués quiera, por el salario que a él le convenga, etc., etc.

Entonces, el trabajador aspira aire de libertad desde el momento en que ingresa al sindicato, y esa "tiranía sindicalista", es dirigida única y exclusivamente contra los parásitos y atorrantes que viven de nuestro sudor.

Nosotros hacemos nuestra la verdad axiomática de Marx: "Con la revolución que se prepara, los trabajadores no tendrán que perder más que sus cadenas y en cambio tendrán un gran mundo que ganar."

En estos momentos álgidos para la vida del proletariado, es necesario que los trabajadores definan su actitud, no puede haber vacilaciones: o contra la clase revolucionaria, que, consciente de sus derechos y deberes, está con el sindicalismo, única fuerza orgánica capaz de conquistar la verdadera libertad e igualdad de la humanidad, o en contra, con la burguesía y todas las sanguijuelas que la rodean.

Es necesario que los pueblos se convenzan de la inutilidad de los parásitos y que únicamente tendrán derechos sobre la tierra los que desarrollen una función útil para la humanidad.

Todo lo inútil, lo parásito, lo inmoral, está contra nosotros; todo los que quieren vivir del "dolce far niente" y todos los títeres, hay que eliminarlos, como se eliminan los insectos que puedan perjudicar cualquier objeto. Ellos se oponen al movimiento sindicalista y se oponen porque ellos desean mantener un mundo de desigualdades y corrupciones, que es el que les da vida. Y la meta del sindicalismo es la absoluta desaparición de las clases, y crear un mundo de productores con iguales derechos y comunidad de intereses, donde se excluyan los elementos parásitos y donde no tengan nada que hacer las miserias y las corrupciones.

El sindicalismo quiere conquistar los instrumentos productivos y organizar la producción sobre una base libertaria, obra puramente obrera y que concienzudamente llevan a cabo los trabajadores por medio de los sindicatos.

Julio LAVALLEJA.

BIBLIOTECA ISRAELITA

Ha sido inaugurada la Biblioteca Israelita, que funciona en nuestro local social, bajo los auspicios del Sindicato.

Los camaradas de dicho idioma que se interesen por la lectura, pueden pasar todos los días hábiles, de 8 a 10 p. m., a retirar libros o a efectuar consultas en el local habilitado a ese fin.

Además recordamos a los camaradas ebanistas en general que nuestro Sindicato continúa subscripto a la **Biblioteca Obrera**, con sede en **Méjico 2070**, por cuya razón están facultados para retirar libros mediante una credencial expedida por nuestra Secretaría.

"Almanaque del Trabajo"

Acaba de aparecer el tercer número de este importante anuario para los trabajadores.

Es un volumen de casi 300 páginas, con numerosos grabados y selectas colaboraciones sobre diferentes tópicos.

Contiene además una breve historia del Sindicato de Ebanistas, escrita por nuestro compañero Angel J. Renoldi.

En conjunto forma un buen trabajo.

Dicho almanaque está en venta en nuestra Secretaría, **Belgrano 2545.**

El precio del ejemplar es de **$ 1.—**. Por correo certificado, agregar **$ 0.20.**

El Imperialismo Capitalista y las Guerras

(Con motivo de la Contienda Europea)

Del Dr. BARTOLOME BOSIO

Interesante y bien documentado estudio sobre las causas económicas de las guerras capitalistas. Con prólogo de los compañeros Luis Lauzet y Sebastián Marotta. A total beneficio de "La Organización Obrera".

Se liquidan los ejemplares que restan al precio de **$ 1.—**, franco de porte.

Pedidos a **Esteban D. Semería** (contador del C. F.), **Belgrano 2545.** No se atenderán pedidos que no vengan acompañados del importe, el que podrá enviarse por giro postal o en estampillas.